

EL HILO ELÉCTRICO

(MARAVILLAS DEL MODERNO PROGRESO)



Un día—¡cuántos años hace!
—expresando mi asombro en la
clase de Física y Química ante
los prodigios del Magnetismo y la
Electricidad, mi inolvidable cate-
drático, al verme boca y ojos
desmesuradamente abiertos, me
apostrofó de esta manera:

—Oiga usted, cara de miedo,
¿cuál es el invento más prodigioso
de nuestra época?

—Me parece..... que..... las má-
quinas de vapor— contesté casi tartamudeando.

—¡Quiá, hombre, quiá!

—¿El telégrafo eléctrico?

—¡Tampoco!

—Pues entonces..... el teléfono.

—¡Menos, mucho menos! El invento más prodigioso del
siglo XIX es..... las cerillas de Cascante.

Risa general en el aula.

—¿Eh? ¿Qué es eso? ¿Se burlan ustedes? ¿Quizá se rebelan?—continuó el profesor con indulgente sonrisa.—Pues
oigan, caballeritos: juro por Dios y por mi ánima que si en
tiempo de nuestros abuelos hubiésemos pasado en larga fila
por la Puerta del Sol, al anochecer de un sábado, frotando
mixtos de Cascante y arrojándolos encendidos al arroyo, los
frailes y los manolos nos habrían molido á palos, y los fa-
miliares del Santo Oficio nos hubieran achicharrado en los
santos quemaderos de la puerta de Alcalá ó de la puerta de
Fuencarral..... ¿Cuál es el invento más prodigioso? El que
produce efectos más sorprendentes, con medios más senci-
llos: ¡ninguno entonces como las cerillas de Cascante!.....



Y ninguno en nuestros días como el *hilo eléctrico*.

Porque hoy la cosa varía, y en alto grado: lo prodigioso
es un poco de paciencia y un poco de electricidad.

Tomáis en la mano un hilo de hierro, le infundís una co-

rriente eléctrica, os colocáis ante una mesita vibratoria, gri-
táis en seguida: ¡Hola! ¡Hola!, ó como dicen los extranje-
ros con muchísima gracia y monería: ¡Alló! ¡Alló!, y al
punto estaréis en comunicación *vocal*, en conferencia íntima,
con París ó con Londres.

¿Qué dirían, en presencia de las maravillas del hilo eléc-
trico, los antiguos conquistadores de reinos, los héroes de la



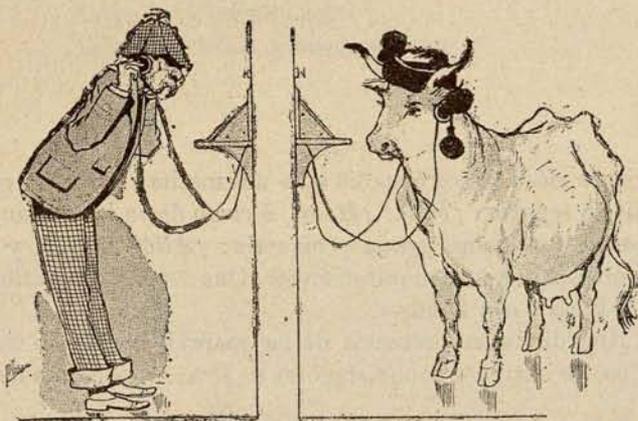
Historia, los paladines de la leyenda? ¿Qué dirían, si pudie-
sen contemplar los alambres del telégrafo, el conde Fernán
González ó el *Mio Cid*, el rey castellano Alfonso VI ó el
rey aragonés D. Pedro III *el Grande*?

Pues tened entendido que algo más se susurra entre los
misteriosos bastidores del gran escenario de la ciencia: su-

súrrase, en efecto, que, merced á ingenioso mecanismo, las palabras confiadas al hilo eléctrico llegarán á su destino correctamente traducidas al idioma que se desee.....

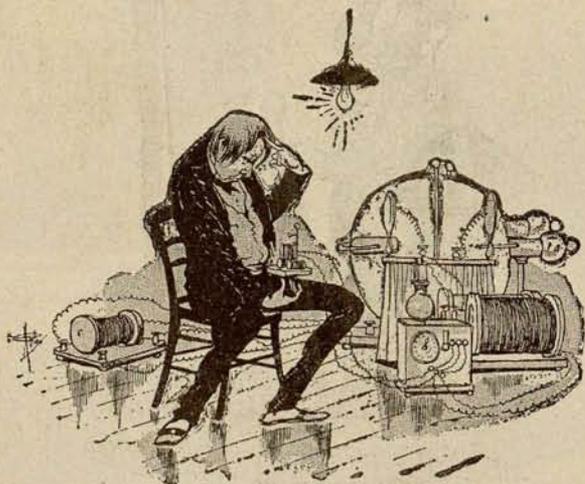
¡Por ejemplo! Ahora mismo estoy saludando á un vecino de París, y le digo cortésmente: ¡Buenos días, caballero!; mas él recibe mi saludo en esta forma: ¡Bonjour, monsieur!; y transmitiéndosele en el acto á un inglés, pronuncia el hilo: ¡Good morning, sir!

¿Hay prodigio más singular? Pues sí, señor: le hay..... El inglés recuerda que visitó una vez, en sus viajes por España, la ganadería de Miura..... ¡á respetable distancia, por supuesto!..... y que expresó su entusiasmo ante la hermosa estampa y las repletas ubres de la mamá de un bicho célebre en los fastos del toreo; y preguntando por ésta á un su amigo, que reside en Sevilla, contesta el hilo eléctrico, en el agradable idioma de los rumiantes bravíos: ¡Múuu!



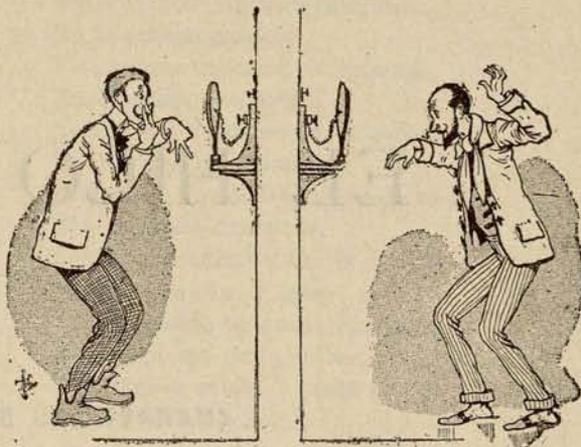
Pero me diréis: «¿Y los sordo-mudos?»

¿Ignoráis, señoras y caballeros, que el asombroso Edison consagra actualmente sus maravillosas facultades de inventor á la creación del telephoto ó telefóto?



¿Queréis saber lo que será el telefóto, según mis noticias? Pues lo que es el teléfono para la audición será el telefóto para la vista: un aparato verdaderamente singular, que no tendrá mesita vibratoria, sino un espejo ovalado y biselado; y el sordo-mudo que hable, ejecutando ante la limpia luna los ademanes y las señas que tenga por conveniente, los

transmitirá como por encanto, á favor del hilo eléctrico, al sordo-mudo que escuche, á cien leguas de distancia, frente al espejo del aparato..... de llegada.



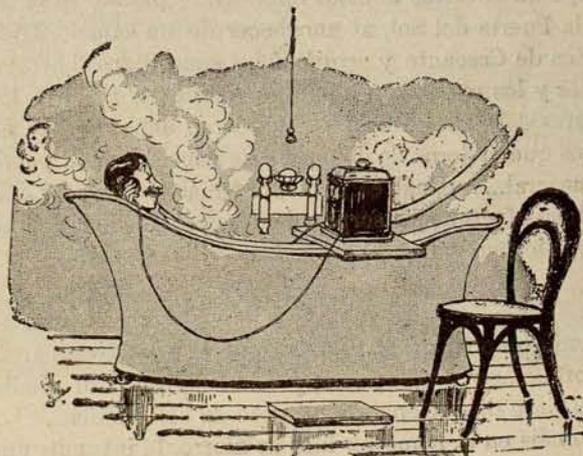
Así hablarán los sordo-mudos delante del telefóto; así podrán comunicarse los juegos de manos que componen el pintoresco alfabeto del abate L'Épée.

Y nada más fácil, por cierto, que fotografiar sucesivamente las imágenes retratadas en el telefóto de recepción, si se quiere conservar, á guisa de testimonio incontestable, la conferencia taquigráfica de dos sordo-mudos.

¡Ah, Dios mío! Cuando algún sabio electricista, ya sea Edison, ya un alumno del colegio de Leganés ó de San Baudilio, invente el telefóto, ese instrumento admirable en que se fundan tan grandes esperanzas, ¿por qué no creer que el hilo eléctrico, por ley del progreso, habrá de transmitir á larga distancia las sensaciones del olfato, del gusto y del tacto, ni más ni menos que las de la vista y el oído?

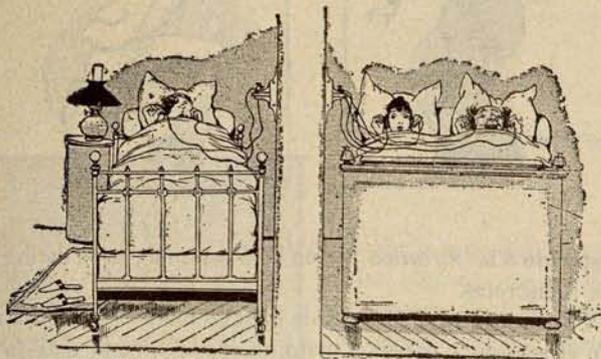
¿No tenemos ya el teatrofono (llamémoslo así) que sirve y comunica á domicilio, por módico precio, audiciones del Real y de los conciertos del Príncipe Alfonso? Pues ¿qué será cuando la invención del telefóto especular nos permita ver el espectáculo escénico y dirigir los gemelos á los palcos y las butacas, á la penumbra misteriosa de los bastidores y á la clara luz de los gabinetes de las artistas?

En las cálidas noches de Agosto, en vez de exponerme á que me aticen un trancazo á la vuelta de una calle, ó á que me limpien con diestra mano y sin cepillo el reloj y la cartera, me recostaré suavemente en un baño de placer,



tibio y perfumado, y desde allí, con el *teléfoto* delante, escucharé la grandiosa música de *La Africana*, que beneméritos artistas ejecuten en los jardines del Buen Retiro, y veré hasta los postizos de las bailarinas.

Nada impedirá que entonces se organicen *soirées* telefónicas, lo mismo que ahora se celebran *matinéés* danzantes, ó de danzantes; nada impedirá que solteros y casados, aunque se acuesten á la hora de las gallinas, asistan desde su propio lecho al estreno de un drama casi original en el

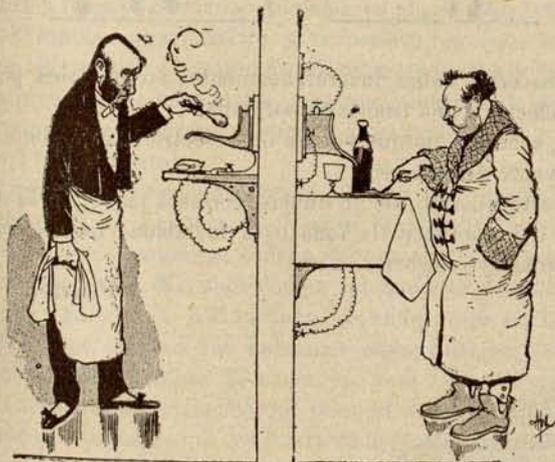


Español, á la silba de una zarzuela en Apolo, y al *reventamiento* de una comedia en Eslava.

Verán ustedes cómo estará de moda, en el próximo invierno, el *televive o'clock*.

¡Oh! ¡Y el *buffet* en el *televive o'clock* será digno de los progresos telefónicos!

No hay argumento científico (admitido lo anterior) en contra de la transmisión eléctrica de *sandwichs* y empare-



dados, con su tónico acompañamiento de Medoc y de Jerez.

¿No dicen por ahí que el hilo eléctrico, más ó menos gordo, acaba de transmitir á enorme distancia una fuerza inmensa, la fuerza de un río que se despeña de una altura de 20 metros?

Pues más fácilmente, créolo así, podrá ocurrir esta escena:

Yo (*desde el teléfono de mi casa, á la espiritual Marquesa de X^{ooo}*). — ¡Son las doce de la noche, señora!

LA MARQUESA (*desde el teléfono de su palacio al mío*). — Lo sé, caballero: las doce y siete minutos. ¿Y qué más?

Yo (*retorciéndome el bigote*). — Pues..... como no he podido concurrir á su elegantísimo *televive o'clock*..... ¿Está abierto el *buffet*?.....

LA MARQUESA. — Sí, caballero: desde las doce en punto. ¿Qué desea usted?

Yo (*frotándome las manos*). — ¡Ah, señora! ¡Tanta bondad! Pues oiga usted: diga, *s'il vous plait* (*esta frase es de rigor*) á su inteligente y amable *maitre d'hôtel* que me transmita, por el hilo eléctrico, medio kilo de jamón en dulce, dos raciones de pavo en galantina, media docena de pastelillos *truffés*, cuatro ruedecitas de piña *glacée*, una botella de champagne.....

LA MARQUESA (*santiguándose*). — ¡Jesús, caballero! ¿También tiene usted bolsillos de hule en el frac?

Yo. — ¡Señora, por Dios! Eso es bueno para los *reporters* que figuran en *Pequeñeces*..... y en varios salones de *verdad*..... Lo que pido es sólo para hacer boca.....

¡Oh magnífico *telebuffet*! Este invento precioso permitirá que se acepten al mismo tiempo numerosas invitaciones — y será utilísimo á las personas que poseen la admirable ciencia de vivir y triunfar..... sin el sudor de su rostro.

Pues la perfumeria á distancia, aun á larguísima distancia, no ha de encontrar dificultades serias: colocad bajo la mesita del teléfono un pulverizador de gran potencia; enla-

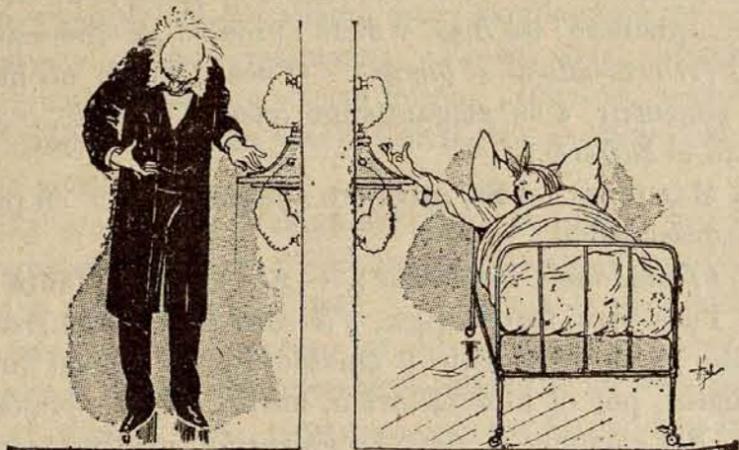


zadle con el aparato de la extremidad opuesta por medio de una canalización parecida á la del gas; haced que le aplaste un mozo de cuerda cuando ya estéis vestidos para ir al teatro ó al sarao..... y recibiréis de golpe finísima lluvia de perfumes refrigerantes, adherentes, invisibles é impalpables.

Pero será más complicado lo que se relaciona con el sentido del tacto.

Sin duda alguna, con aparatos de sensibilidad conve-

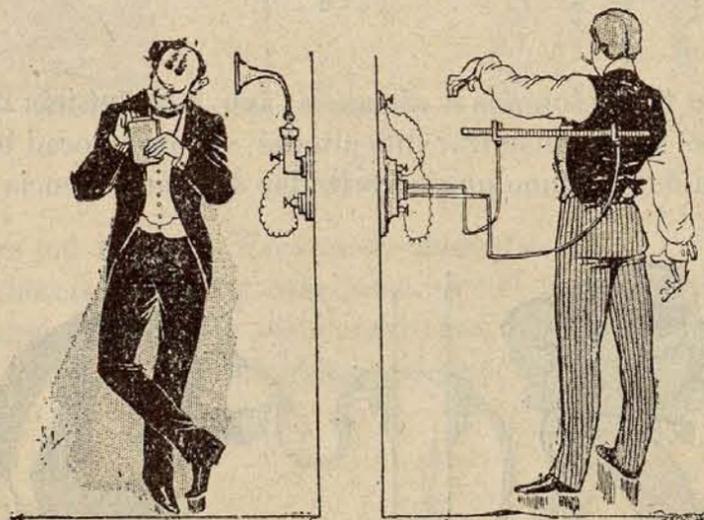
niente, y á favor de un hilo eléctrico especial, podrá el médico visitar á sus enfermos, tomarles el pulso, auscul-



tarlos, quizá también percutirlos suavemente, para reunir en apretado haz los síntomas, y fundar en ellos un diagnóstico exacto; pero en cambio no podrá el pedicuro cortar los callos á distancia, ni el peluquero retorcer los ondulantes y graciosos tirabuzones de mi novia...

¿Quién sabe? Tal vez esté ya en mantillas algún futuro electricista de genio, á quien deberán nuestros hijos la receta para asar la manteca en el hilo eléctrico, ó el modo de amasar el pan sin harina y sin agua.

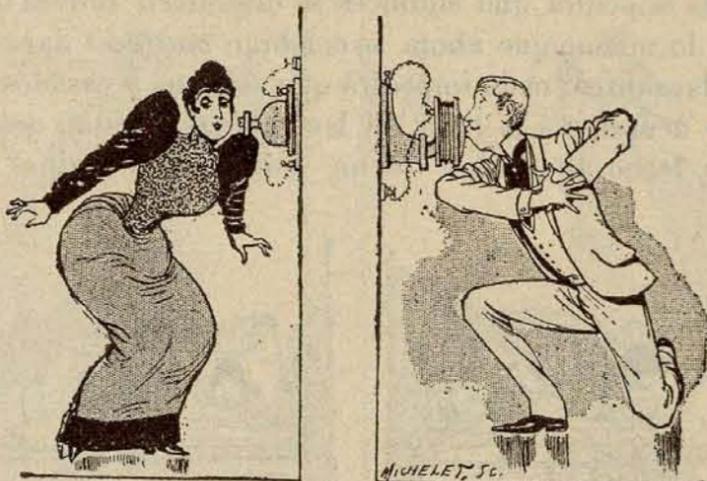
En desquite, el sastre y el sombrerero estarán provistos de un aparato que habrá de permitirles tomar las medidas



de un *smocking* ó de un *gibus* sin ir á casa de su cliente; y no hay necesidad de añadir que con un buen *teléfoto* el pintor hará retratos sin necesidad de *posser* largas horas á su modelo.

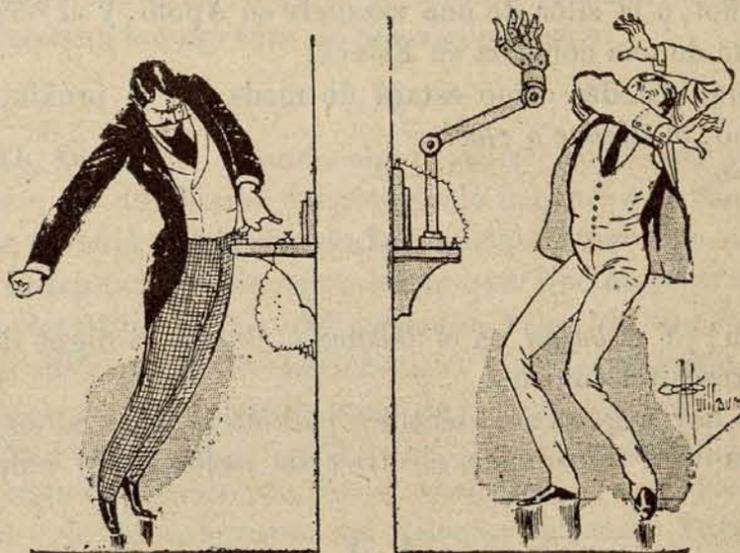


Y me complazco en creer que, desde el punto de vista sentimental, se aproxima el día en que la ciencia ha de enriquecerse con un *tele-¡chist!*, ó sea un delicioso aparato



destinado á la *flirtation* por un hilo especial, lejos de miradas indiscretas.

Y si algún padre susceptible ó algún marido celoso adivinan el secreto y ponen el grito en el cielo, nada más fácil

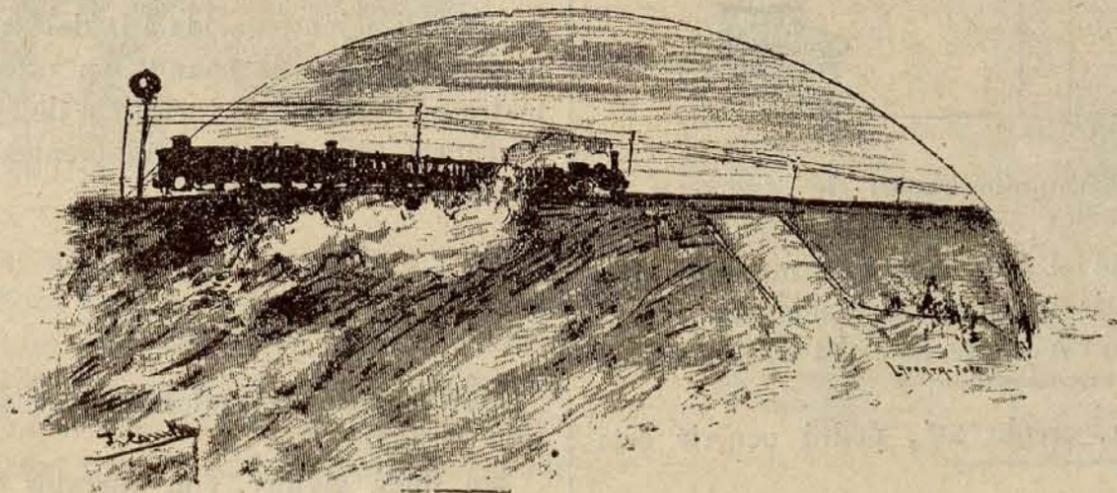


que hacerles callar instantáneamente, enviándoles por el hilo eléctrico una tremenda bofetada.

Sí, señores; porque vendrá otro electricista de genio con el invento del *tele-pega*....

Y este aparato, no lo dudéis, formará parte, en lo sucesivo, del mobiliario de toda casa instalada con elegancia, seguridad y *comfort*.

FLAVIO.



NOCHEBUENA Á BORDO

Á EDMUNDO DE AMICIS



HORA que la miro distanciada, en las regiones de la vida que vamos dejando atrás, me parece aquella Nochebuena pasada á bordo del *Regina Margherita* más melancólica que nunca.

La tarde de Diciembre en que llegó el trasatlántico á Barcelona, fué una de las más tristes de aquel invierno. Fueron arribando del muelle los remolcadores de la Agencia, cargados con las pobres gentes que iban en busca de un bienestar problemático á las regiones de la América del Sur: catalanes,

aragoneses, valencianos, toda la costa levantina que se despoblaba. Subían con las caras apenadas, y el trasatlántico tragaba el racimo humano, en el que iban mujeres con chiquillos que lloraban y perneaban, protestando de verse allí, mientras el segundo sobrecargo las iba enfilando para proa, contándolas como carneros, y asomando de vez en cuando por la borda para gritar al enjambre:

—¡Presto, presto!

Á punto del crepúsculo acabó el embarque. Fuera había mucha mar de Levante; el *Regina Margherita* empezó á estremecerse al cobrar la cadena del ancla, y á poco zarpó, ya casi de noche. Me ahogaba en mi modesta litera de segunda, y fui á proa. Allí estaban los emigrantes españoles, confundidos con los que habíamos embarcado en Génova. Salía del sollado rumor de canciones y el ritmo de una tarantela tocada en un acordeón; pero ni un solo rasgueo de guitarra, á pesar de que yo había visto pasar varias. Los españoles estaban sobre cubierta, sentados unos en el montante de la escotilla, otros encaramados sobre la jaula establo, y los más de codos en la borda. Un aragonés, liado en la manta, había ocultado arisco su tristeza echado de bruces en el suelo, sin querer mirar la patria que quedaba atrás.

Barcelona, resplandeciente de luces, iba borrándose poco á poco, hundiéndose en las aguas, y ni uno solo de los emigrantes la perdía de vista, á pesar de que costaba trabajo estar sobre cubierta, sobre todo á proa, donde el trasatlán-

tico recibía el primer empuje del oleaje que se abría allí en ancho abanico blanco. Había gente á pesar de esto, un grupo de italianos que miraban abajo, puestos de codos en la borda y rumiando una canción. Los españoles estuvieron sobre cubierta mientras hubo luces en la costa: luego la noche borró mar y tierra en un solo y obscuro seno, apagó la única luz que quedaba, y poco á poco la escotilla de proa fué tragando gentes silenciosas que se iluminaban un momento en el foco luminoso de la casilla del gobernalle de vapor, y desaparecían.

Á popa, en el comedor, rumor fuerte. Los escogidos, entre ellos cuatro ó cinco comisionistas catalanes ya hechos á dejar y tomar las playas patrias á cada paso, inauguraban el viaje y llamaban al sueño con copas de Chartreuse amarillo; dos señoras jóvenes, francesas, tocaban al piano un vals de Métra, y los camareros iban y venían acomodando maletones y satisfaciendo reclamaciones de los que se creían mal colocados en sus literas con arreglo al billete que habían pagado.

Subí á cubierta, me encaramé al puente y estuve allí largo rato mirando con sopor inevitable la masa larguísima y ancha del *Regina Margherita* navegando bajo mis pies en la noche, parecido al buque fantasma lleno de visionarios en busca de confines desconocidos. Luego bajé á mi litera y me dormí en aquella especie de ataúd oliendo á barniz, con desasosiego y melancolía. Cerrando los ojos y aislándome así, perdiendo de vista las paredes pintadas de blanco, extrañas impresiones entraban por los resquicios del cerebro abiertos para recibirlas. La trepidación de la hélice que nos llevaba se convertía de pronto en una serie de golpes secos cada vez que la popa subía sobre una ola y giraban las aletas furiosamente en el aire; luego cesaban los golpes; la hélice trabajaba en el agua y se restablecía el silencio: no quedaba más que aquel hervir de todo el enorme buque, sacudido por el poderoso motor que llevaba en las negras entrañas.

Dejamos á los tres días la última playa española detrás de nosotros, una línea parda en el horizonte que se embebió triste en las primeras sombras de la noche.

Amaneció el día siguiente, 24 de Diciembre, lloviendo en

pleno Atlántico, una lluvia fina, pero tenaz, era inútil subir sobre cubierta; allí no había nadie. Resguardado por los mamparos de cristal de la escalera que baja al salón de primera, vi entre la cortina de lluvia que el cielo colgaba entre él y yo, á un tripulante de cuarto que movía en el puente el diminuto gobernalle de vapor. En las manos de aquel hombre iba el porvenir del barco. Le deseé egoístamente buen acierto, y bajé al salón.

Los comisionistas catalanes charlaban con las dos francesas con abundancia de *¡té!* y *¡och!* y en un francés imposible. Un señor viejo que iba á vivir con sus hijos en Buenos Aires leía en un rincón una *Guía* que le pusiese al corriente del estado de la República; no vi por allí más emigrantes españoles de la clase de pudientes.

Al anoecer, las francesas tocaron el piano, y uno de los comisionistas, que, según dijo él, aunque no pudo demostrarlo, tenía voz de baritono, cantó con acento de Villanueva y Geltrú *La mia bandiera*, romanza que *atacan* inevitablemente todos los baritonos.

Pesaba sobre el salón un fastidio de plomo. Cuando se hizo de noche, muy pronto por la cerrazón del cielo, los camareros empezaron á poner la mesa para la cena de Nochebuena; convidaba el Comandante á un plato de extraordinario: macarrones castizos, condimentados bajo su dirección.

Resolví comer en la segunda tanda, y subí á cubierta para ver cómo pasaban la Nochebuena las españoles de proa.

De popa á proa, en aquel larguísimo trayecto oscuro y resbaladizo, tropecé veinte veces; seguía cayendo menuda la lluvia, y estaba el padre Atlántico tranquilo, como si le aplanase aquel incesante hormigueo de gotas que caía sobre él. Por la popa se había levantado un cuarto de luna, que se adivinaba á través de la nube uniforme y echaba sobre las aguas claridad melancólica.

Por la escotilla de proa se oía el rumor de los emigrantes que comían abajo, una mezcla de italiano y sus dialectos y de español. Bajé; en muchos de ellos se había borrado la tristeza de la despedida á la patria; pero otros, la mayoría, comían silenciosos, con la nariz metida en el plato. Las mujeres, sobre todo, tenían en el rostro un velo de tristeza que me apretó el corazón. Una se había ido á un rincón, llevando la ración en una marmita pequeña, y comía con un pequeño de cuatro meses colgado del pecho, flaco y moreno.

Tres sevillanas embarcadas en Cádiz, mozas de rompe y rasga que iban á América sabe Dios á qué, procuraban levantar el ánimo de las demás con ejemplos é interpelaciones pegadizas á puras *zedas*. Los hombres, como digo, co-

mían silenciosos la mayor parte. Alguno que otro había formado ya rancho con los italianos y se hablaban como si se entendiesen.

A lo último de la mesa iba un matrimonio; joven aún y fresca ella, vigoroso y guapo él, con una niña de doce años graciosa y gentil, tocada con pañolito á la cabeza, á la manera de las obreras catalanas. Era el padre ajustador de máquinas, é iba, como todos, á América, huyendo de la patria sangrada y empobrecida por retóricos, políticos y soldados. Formaban el grupo más simpático de aquella colmena. Llamé por señas á la niña, y, avergonzándome, la di á escondidas un duro. La vi irse muy colorada y hablar con sus padres. Al poco rato volvió, me dió un beso y las gracias en catalán.

Cuando pasé á lo largo de la mesa para irme, los italianos habían logrado que el aragonés aquel que salió de Barcelona echado de bruces sobre cubierta sacudiese su murria, y le dejé templando un guitarrillo seboso y negro por el uso. Cuando pasé rápidamente junto á la claraboya de tercera, el aragonés echó al libre aire del Atlántico aquella melancólica copla:

La Nochebuena se viene
La Nochebuena se va.....
¡Y nosotros nos iremos
Y no volveremos más!

Una voz enérgica dijo desde abajo al acabar la copla:
—¡Volver! ¿Pa qué?

En aquella frase tosca iban envueltas todas las tristezas de aquella Nochebuena de la emigración.

Conté en la mesa lo que había visto y logré conmover. Uno de los comisionistas catalanes propuso un guante..... en botellas de Burdeos para el pasaje de tercera; se reunieron sesenta, y se mandaron en seguida.

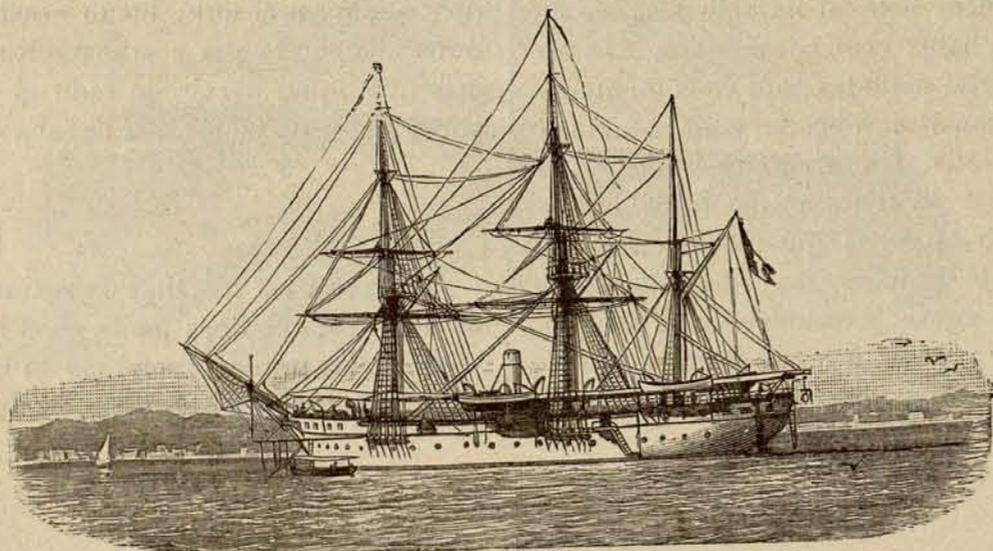
A los postres asomó en el último peldaño de la escalera, cogida de la mano de su padre, y sin atreverse á entrar, la hija del ajustador de máquinas. Venía á dar gracias por el obsequio, en nombre de todos. Su padre la empujó un poco, y la niña dijo en castellano muy adulterado por el dejo catalán:

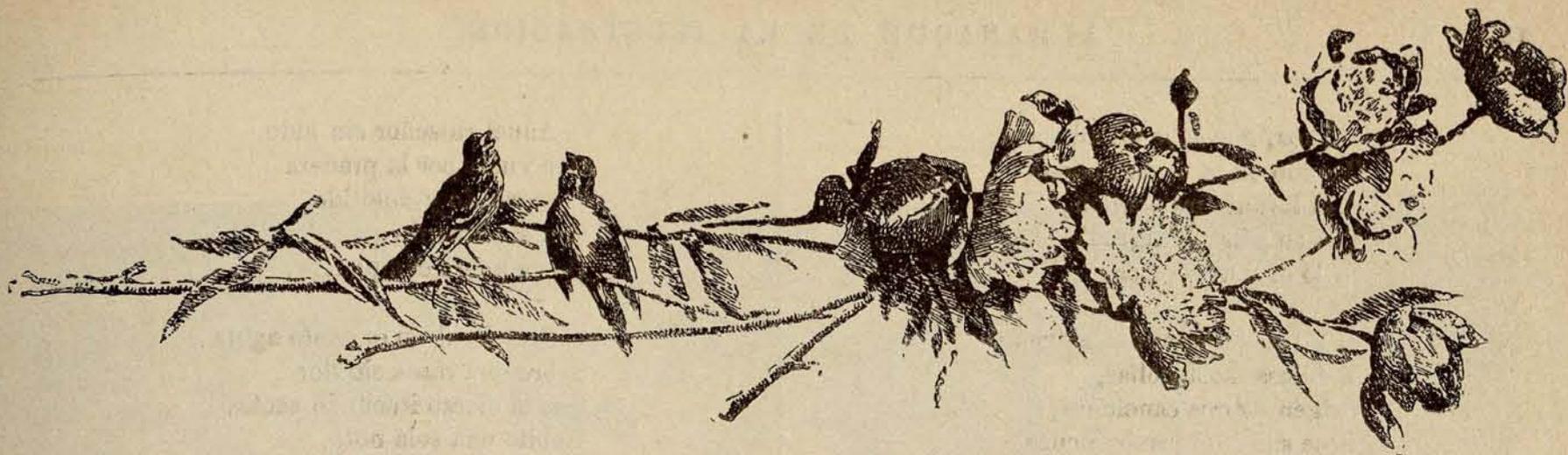
—Señores, que muchas gracias.

Entonces fui yo quien se levantó para darla un beso y su birla hasta cubierta. Allí el ajustador se despidió de mi muy vergonzoso, y les vi perderse á lo largo del barco, entre la lluvia menuda y la obscuridad, con un sentimiento de compasiva tristeza que me tuvo desvelado toda aquella melancólica Nochebuena.

. FEDERICO URRUTIA.

1891.





PRELUDIO

(DE UN LIBRO INÉDITO)

Yo te bañé con mi llanto,
Yo te abrí la obscura caja,
Y, dominando mi espanto,
Yo te vestí la mortaja:
Blanca toca y negro manto.

Tu cuerpo cubrí de flores,
Y te ceñí por corona
(¡Postrer don de mis amores!)
El velo de tu patrona
La Virgen de los Dolores.

Después, en mi fiebre amante,
Junto á ti me arrodillé,
Y, convulso y delirante,
Sobre tu yerto semblante
La cabeza recliné;

Y, abismado en el dolor,
Seis horas pasé mortales
Hablándote de mi amor
Al trémulo resplandor
De los cirios funerales.



El sentido al fin perdí,
Y sin que yo lo advirtiera
Alguien me arrancó de allí:
¡Muriera yo junto á ti
Primero que en mi volviera!

¿Qué sentí? Lo que abatida
Por la zarpa del león
Sentirá la cierva herida;
Lo que la garza oprimida
Por la garra del halcón;

Algo que no es vil excusa
Ni santa conformidad;
Que ni asiente ni rehusa:
¡Horrible mezcla confusa
De estupor y de ansiedad!

Por salir de aquel estado
Pugnaba con vano empeño
Pensando que era soñado:—
¡Un año entero ha pasado,
Y aun me parece que es sueño!



Desde aquel amargo día
Vivo en triste soledad;
Y, en esta lenta agonía,
La mitad del alma mía
Llora por la otra mitad.

Fija la vista en el suelo
Largo tiempo te llamé
Con amargo desconsuelo.
Hoy sé que estás en el cielo,
Y en el cielo te hallaré.

Dios, que sabe mi aflicción,
 Cuando en la noche callada
 Á él levanto mi oración,
 Con su palabra sagrada
 Se lo dice al corazón.

Y estas tiernas emociones
 Y dulces melancolías,
 Origen de mis canciones,
 ¿Que son sino inspiraciones
 Que tú del cielo me envías?

Obra tuya debe ser
 Este cambio singular
 Que no acierto á comprender:
 Yo nunca supe cantar,
 Y ahora canto sin saber:

Canciones de triste acento,
 Siempre regadas con llanto;
 Porque, en hondo desaliento,
 Los sollozos son mi canto,
 La muerte mi pensamiento.

Que, como es dura mi suerte
 Y abrigo la convicción
 De que en la gloria he de verte,
 Sólo pensando en la muerte
 Se me ensancha el corazón.



Aquel ruiseñor sin nido
 Que vuela por la pradera
 Conturbado y dolorido
 Con el recuerdo querido
 De su pobre compañera,

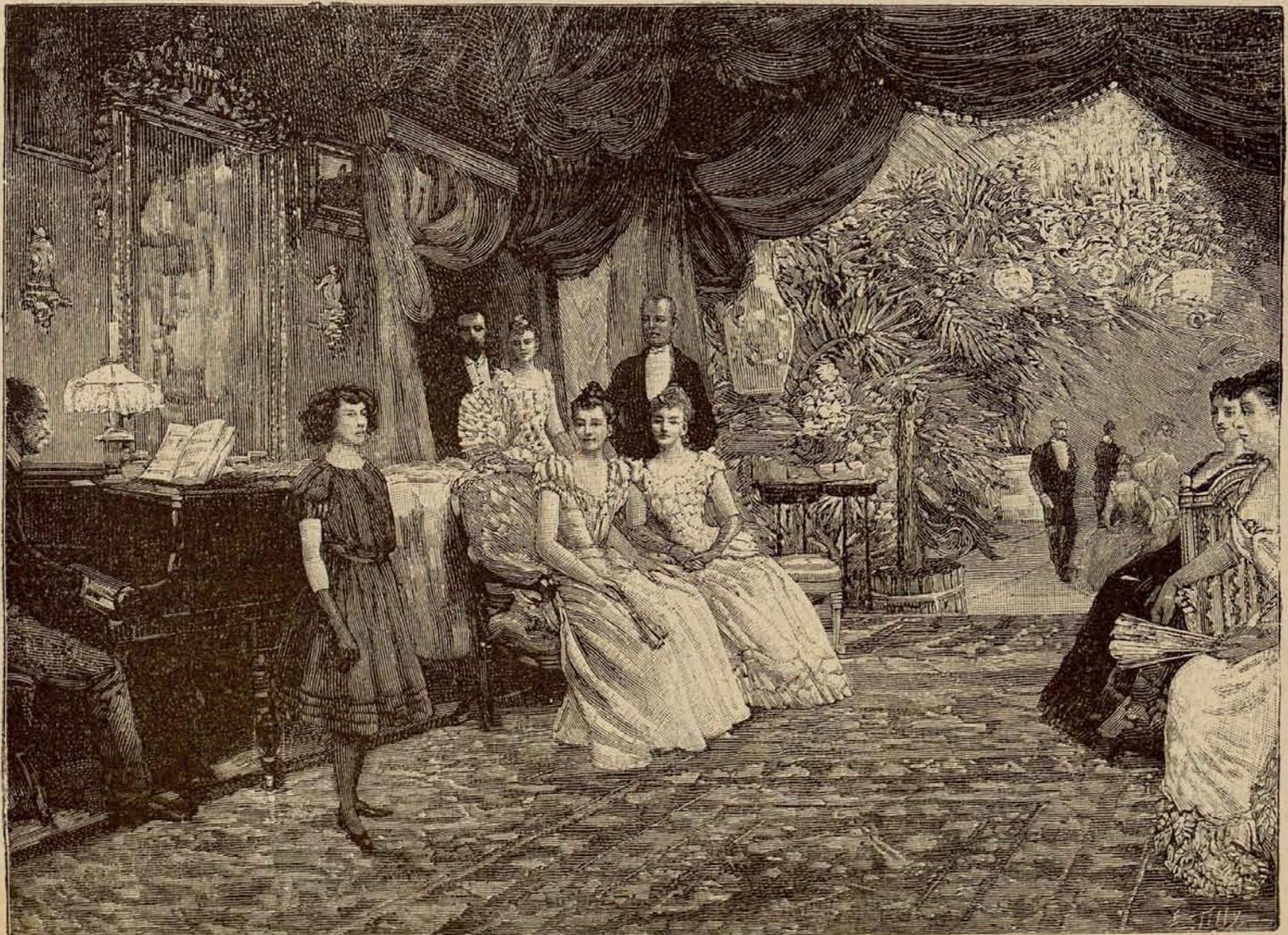
Cuando al fin el canto agota,
 Sobre una rama sin flor
 Que el cierzo iracundo azota,
 Repite una sola nota,
 Eco de un solo dolor.

Así yo, que sin ventura,
 Con el alma destrozada
 Y envuelto en tiniebla obscura,
 Llevo hasta el fondo apurada
 La copa de la amargura,

En la horrible turbación
 Que me oprime el corazón
 Y la mente me enajena,
 Ni tengo más que una pena,
 Ni sé más que una canción.

Querella de mi agonía,
 Conforme sale de mí
 Á ti mi dolor la envía:
 ¡Óyela tú, vida mía,
 Porque es toda para ti!

FEDERICO BALART.



SOIRÉE MUSICAL.—Por Horace de Callias.



Almanaque de La Ilustración Española.

« FIVE O'CLOCK »

POR M^{me} MADELEINE LEMAIRE

Chromotypographie & Imprimerie Boussois, Valadon & Cie.

BAILA-BONITA

CUENTO VERDADERO

POR

EL DOCTOR THEBUSSEM

CURRO García y Chano García, fueron dos granujas gaditanos que vinieron al mundo, en el barrio de la Viña, hacia 1790.

Después de rodar en varios oficios y menesteres sin prosperar en ninguno y de sufrir persecuciones de la justicia, Curro tomó un ventorrillo de Puerta de Tierra, y Chano una *freiduría* de pescado en las esquinas de Porriño.

Ambos habían perdido sus verdaderos nombres. Curro, que era matón y enamorado, fundaba su vanidad en sacar al fandango la mejor moza del concurso. «Yo, repetía, siempre bailo con la más bonita.» Y esto bastó para ganarse por unanimidad el poético apodo de *Baila-Bonita*.

Llevaba ya tres años de medrar con su ventorrillo, de encubrir contrabando, de bautizar vino y de ser *negro* furibundo y más liberal que el mismo Riego (al cual tuvo la honra de dar la mano), cuando una tarde cierto borracho impertinente, y lo que es peor, sin dinero ni prenda que lo valiese, se empeñó en no pagar los cuarenta y siete cuartos del queso, pan, almejas, manzanilla y aceitunas que había consumido en el establecimiento.

—Señor *Baila-Bonita* ó *Baila-Feita*—exclamaba el borracho—si yo no tengo parnés, tampoco me llevo nada de la tienda; lo que he comido se halla aquí....., aquí en mi barriuguita, de modo que sáquemelo vuestra merced....., quedamos en paz, y viva el rey *disoluto!!!*

Y *Baila-Bonita*, irritado y colérico con la burla, levanta la navaja con que se hallaba picando tabaco, arremete con el chuzón, y le da tal puñalada en el vientre, que las tripas del difunto salieron á relucir como las de caballo de toros.

Resultado: que á buen componer, y gracias al ciudadano Riego, se arregló la cosa con seis años de presidio en Cuatro Torres. Dirigía el establecimiento un capitán retirado, hombre de pelo en pecho, que se llamaba D. Andrés Mateo Moreno. Y como era servil, ó sea *blanco*, y le causaba enojo el

color que revelaba su apellido, compuso y repetía con frecuencia esta redondilla:

Aunque es Moreno no es NEGRO,
Pues según voz general,
Es más BLANCO que un panal
Don Andrés Mateo Moreno.

El favor que dispensó al reo fué ceñirle la cadena más pesada que existía en la casa, porque siendo también la más *bonita*, era natural que le agradase para bailar con ella á todo su talante y voluntad. La epístola de Riego recomendando el proceso á un oidor de Sevilla, decía entre otras cosas: «*Pido que se le haga gracia por ser patriota liberal de buen corazón, que dió el nabajaso por la hobsecación y la confución en que se hallaba en aquella ocasión, sin darse la razón de que lo daba, y deseo y quiero que se sepa que á mis recomendaciones deberá García su triunfo.*»—En fin, la tal carta confirma las palabras de Galiano cuando escribió: «Qué la instrucción de Riego era corta y superficial, no muy agudo su ingenio ni sano su discurso, y con puerilidades de vanidad increíble.» Creo que este ejemplo basta para demostrar de un modo evidente, que pueden juntarse las condiciones necesarias para ser á un mismo tiempo héroe de las Cabezas y tonto de la cabeza.

Volviendo á mi cuento, diré que Chano García, á quien por sus descomunales y puntiagudas narices llamaban el *Chato*, era hombre listo, decidor y gracioso á la andaluza. Sintió la desgracia de su hermano todo lo que podía sentir un freidor de pescado, y murmuró del poder de Riego cuando no pudo salvarlo de un triste presidio. Por esta causa redobló su odio á los liberales, declarándose *blanco* legítimo y á carta cabal.

Ocurrían estos sucesos por julio de 1823, en cuya época se hallaba en Cádiz Fernando VII, traído y llevado al es-

tricote por las Cortes del reino. El Monarca, zumbón y aficionado al trato de la gente del pueblo, tenía su pequeña tertulia, á la cual concurrían un avisgado *Macareno*, un sanluqueño, á quien el Rey llamaba *Fray Manzanilla*, y nuestro *Chato* el freidor. Con remontar su cometa, tocar el violín y escuchar los disparates de sus tertulianos, que en ponderativos eclipsaban al mismísimo *Madodito Gázquez*, distraía Fernando por algunas horas sus pesares y sus desabrimientos políticos.

La noche que había concierto, se verificaba del modo siguiente. El Rey tomaba la presidencia dando la espalda á los coristas, y éstos cantaban al compás del violín Real la cancioncilla de

Ese narizotas
Cara de pastel,
Ese narizotas
Ya sé lo que es.

De seguida el Monarca se volvía de cara, y variando la letra, decía:

Este narizotas,
Cara de pastel,
Este narizotas
Os ha de moler.

La música de esta letra (que ahora se publica por primera vez gracias al favor del Maestro D. Francisco Callealta) es la que sigue:

Aire marcial

The score for 'Aire marcial' consists of two staves. The top staff is labeled 'Canto' and the bottom staff is labeled 'Piano'. The music is in 2/4 time with a key signature of one flat (B-flat). The piano accompaniment features a rhythmic pattern of eighth and sixteenth notes, with some triplets.

Pueblo

The score for 'Pueblo' shows the vocal line and piano accompaniment. The lyrics are: 'Ese nari-zotas cara de pastel, ese nari-xo-tas'. The music is in 2/4 time with a key signature of one flat.

Rey

The score for 'Rey' shows the vocal line and piano accompaniment. The lyrics are: 'Ya sé lo que es Este nari-xo-tas ca-ra de pastel,'. The music is in 2/4 time with a key signature of one flat.

The score continues the vocal line and piano accompaniment for 'Rey'. The lyrics are: 'Este na-ri-xo-tas os ha de moler.' The music is in 2/4 time with a key signature of one flat.

Cuando tocaba el turno á los cuentos ó ponderaciones, solía abrir Fernando VII una especie de concurso. «Esta noche daré esa onza de oro (y arrojaba al suelo la moneda) al que me pida mayor suma de dinero. Habla tú, *Macareno*; pide, hijo mío, pide sin cortedad que en el pedir no hay engaño.

—Señor—dijo—yo quisiera la plaza de toros de Sevilla llena de agujas con un colmo tan alto como la Giralda.... Y luego que se hiciesen talegones hasta desgastar y romper todas las agujas.... Y después que estos talegones se me llenasen con onzas de oro. (Y el *Macareno* pareció quedar ufano de su demanda).

—Y tú, *Fray Manzanilla*, ¿qué deseas?

—Señor, yo me contento con doscientos maestros de escuela... y que convertida la mar en tinta fina de escribir, me hagan números chiquitos hasta que la mar quede seca. Y que la suma de estos guarismos en fila, se me dé en talegas de mil onzas cada una. (Y *Fray Manzanilla* miró con desprecio al *Macareno*).

—Vaya, *Chato* valiente, anda con ellos—dijo el Rey.—Creo que llegas tarde y que te han ganado por la mano.

Señor, repuso éste rascándose la cabeza y algo turulato: V. M. sabe que yo no soy avaricioso. ... Por mí nada pido, ni deseo mal á nadie. Pero, en fin, si este *par de pobretes* se mueren hogaño, y ambos me nombran heredero, y logro vender ó arrendar la freiduría, y Dios no me alarga mucho la vida, y procuro ser económico en los gastos.... creo que tendré un pasar para mi vejez. (Al *Chato* se adjudicó la onza de oro del certamen.)

En ocasiones deseaba el Rey escuchar andaluzadas inverosímiles que le hiciesen prorrumpir en

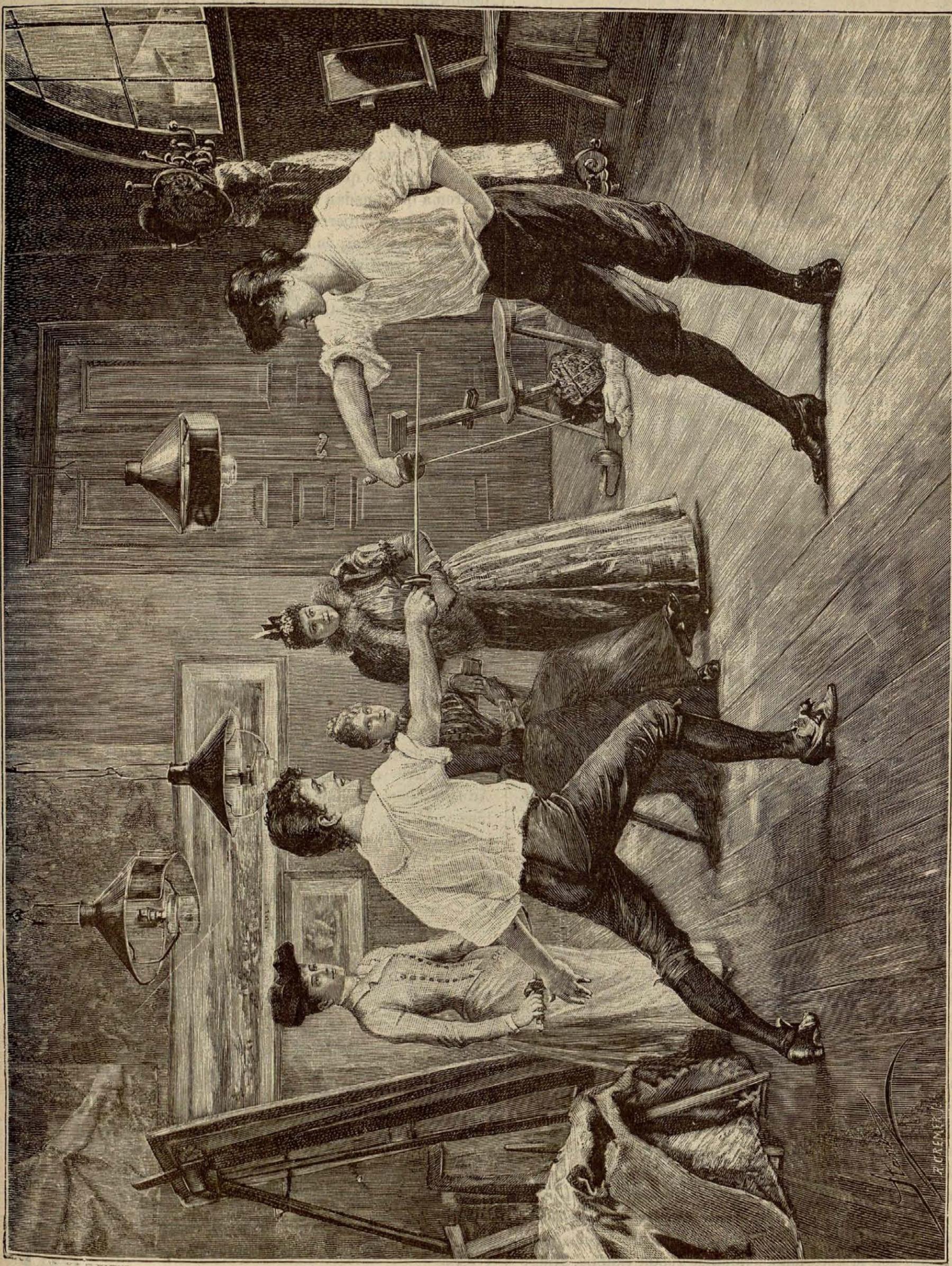
¡ESO ES MENTIRA!

y ofrecía como premio una gracia de las que se hallasen en las atribuciones del poder Real. Este galardón resultaba ilusorio, porque Fernando VII daba por ciertos y probados cuantos embustes le referían.

Obediente, sin embargo el senado, manifestó el *Macareno* que en época de lluvias atravesó el Guadalquivir con su recua de mulos, y que la riada era tan grande que una bandada de palomos que estaba en la orilla no se aventuró á pasar.

—Nada tiene eso de raro—dijo el Rey;—los palomos son cortos de genio, temerían ahogarse, y anduvieron advertidos esperando á que bajara el torrente. Aquí me tienes á mí que sin ser palomo estoy también en la orilla.

—Dice muy bien V. M.—agregó *Fray Manzanilla*.—Para aves valientes, los aguiluchos. Vi yo uno clavar las uñas en el molino de viento de mi tierra, y llevárselo entero por los aires. Y lo más particular fué que siguió moliendo trigo y echando harina, y que ésta llegaba á



UN ASALTO FINAL DE SIGLO

POR A. STAMER.

la tierra convertida en.... *rosquetes* y en *buñuelos enmellados*.

—Todo eso se explica—advirtió el Rey—por la fuerza del aguilucho, por el calor de la atmósfera y por los muchos colmenares que hay en tu tierra.

El *Chato* se hallaba como distraído y adormilado. Cuando Fernando VII le mandó que hablase, empezó á balbucir excusas y á pedir perdones con tono humilde y suplicante.

—Sí, hombre, sí; yo te perdono; pero habla, di algo, no seas cobarde....

—Pues contando con el perdón de V. M., yo repetiría lo que V. M. me dijo el sábado por la noche....

—Hijo mío, repítelo sin miedo: ¿qué te dije yo el sábado por la noche?

—¡Pues qué!....—¿no recuerda V. M. que al salir de esta misma cámara, y hablándome al oído, me dió su Real palabra de sacar á mi pobre hermano de las Cuatro Torres?

—¡ESO ES MEN....—replicó con vehemencia el Rey; pero refrenando la lengua prosiguió con sorna:—ESO ES MENESTER.... que esperes unos días, á fin de que yo trate el asunto y ajuste las cuentas (que no tardará mucho) á su gran padrino Riego: entonces tendrá mi perdón tu *pobrecito hermano*....

Cuatro palabras sobre el rey Fernando VII. Ya le llegará el día de las alabanzas, como le ha llegado á D. Pedro de Castilla. Creo que ni hecho de encargo ha existido monarca más propio para gobernar españoles del siglo XIX. Éstos han dado pruebas claras y evidentes de rechazar los sucesivos imperios de Carlos IV, de Godoy, de José Napoleón, de las Juntas Supremas, de los Carlos V, VI y VII, de María Cristina de Borbón, de Espartero, de Isabel II, de los Gobiernos provisionales, de Amadeo I, de la República, etc., etc., y sólo han *aclamado* y *deseado* á su rey Fernando. Me figuro que ni el mismo Job hubiera sufrido impasible lo que aguantó el Monarca de Castilla, luchando y reluchando con la *Constitución* y con la *Gracia de Dios*. Y que no siempre faltó á su palabra, se justifica con la Cédula Real que en 30 de Enero de 1824 hizo escribir D. Francisco Tadeo de Calomarde, por la cual DON FERNANDO SÉPTIMO POR LA GRACIA DE DIOS, rey de Castilla, de León, de Aragón, de las Dos Sicilias, de Jerusalén, de Navarra, etc., á impulsos de su paternal corazón, y á ruegos de

PERSONA DE VIRTUD Y CIENCIA,

concedía indulto particular á Francisco García (a) *Baila-Bonita*, penado en las Cuatro Torres del Departamento de Cádiz.

No hay duda de que la persona de VIRTUD y CIENCIA era el *Chato*: su VIRTUD fué el amor fraternal; y su CIENCIA la de freir pescado, que lo hacía á las mil maravillas.

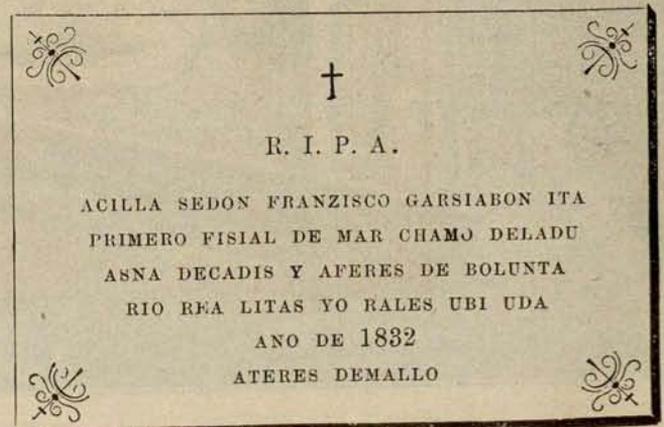
Porque conviene decir que las *freidurias* gaditanas, aun cuando no se hallen en el Diccionario, son una especialidad. Casi todas las existentes vienen transfiriéndose á modo de vínculo de unos á otros poseedores, por medio de traspasos pagados á peso de oro. No es lícito abrir un nuevo establecimiento de este género, sin formar largo expediente en el cual los vecinos declaran que no les molesta ni perjudica el olor del humo y del aceite: se necesitan, pues, relaciones y valimiento con la autoridad, y además gastar tiempo, dinero y paciencia para conseguirlo. Y si una vez conseguido se

juntan bajo un techo la freiduría y la taberna, dirigidas por hombre perito y aseado, el negocio rinde utilidades semejantes á las de la buena droguería enlazada con la buena botica. El pescado de freidor es inimitable: se distingue del que preparan los cocineros ó cocineras, como se diferencian el vino de Jerez de los otros vinos, la espada de Toledo de las otras espadas y las aceitunas de Sevilla de las otras aceitunas. Ya sea por la manera especial y misteriosa de cortar las tajadas, ya por el temple del aceite, ya por la gran cantidad de líquido que contiene la tan oronda sartén, ya por el aroma que puedan prestarse nadando á un tiempo en el hirviente lago mojarras, lenguados, lisas, salmonetes, pescadillas y sardinas, es lo cierto que el olor de la freiduría es incitante aperitivo, y que hay pocas cenas tan agradables como este pescado frito, regado con seis cañas de aromática manzanilla. (Y atestigo con los señores socios del distinguido Casino gaditano, que no me dejarán mentir.)

Libre, como dijimos, *Baila-Bonita* de su grillete, y hasta *purificado* para ser realista sin tacha, se amparó, mientras no hallaba ocupación, á la freiduría del *Chato*. Éste falleció á los pocos meses, y de la herencia alcanzó nuestro héroe unos diez ó doce mil reales que le correspondieron en virtud de aquella ley de Partida que dice *ser la gloria de quien la gana, y el dinero de quien lo agarra*.

Con estos cuartos y con la gran protección que el señor intendente D. Manuel Carranza dispensaba á la esposa de García, logró éste *jincar el pico* (según él decía) en la Aduana con un destinillo subalterno, pero provechoso. No eran en aquella época modelos de honradez y probidad, como lo son hoy, los funcionarios encargados de percibir los derechos del fisco. Ahora ni los mercaderes dan ni los empleados toman dos, cuatro, diez, veinte ó treinta onzas de oro de las de AUSPICE DEO IN UTROQUE FELIX. Los antiguos fraudes y desórdenes se acabaron afortunadamente para siempre jamás amén. Nuestro indultado, á quien todos llamaban *García-Bonita*, juntando el nombre legítimo con el apodo, para diferenciarlo de otros Garcías miembros también de la Aduana, llegó á reunir algunos cuartos y á ser hombre de bien y Alférez de *Voluntarios Realistas*.

Semejantes pormenores biográficos se deben en parte á la curiosidad del célebre D. Bartolomé José Gallardo, que en la colección de lápidas cecográficas tomadas del cementerio de Cádiz en 1844, y cuya nota original tengo á la vista, traslada una que, escrita sobre vidriado azulejo sevillano con fondo azul y caracteres negros, reza lo siguiente:



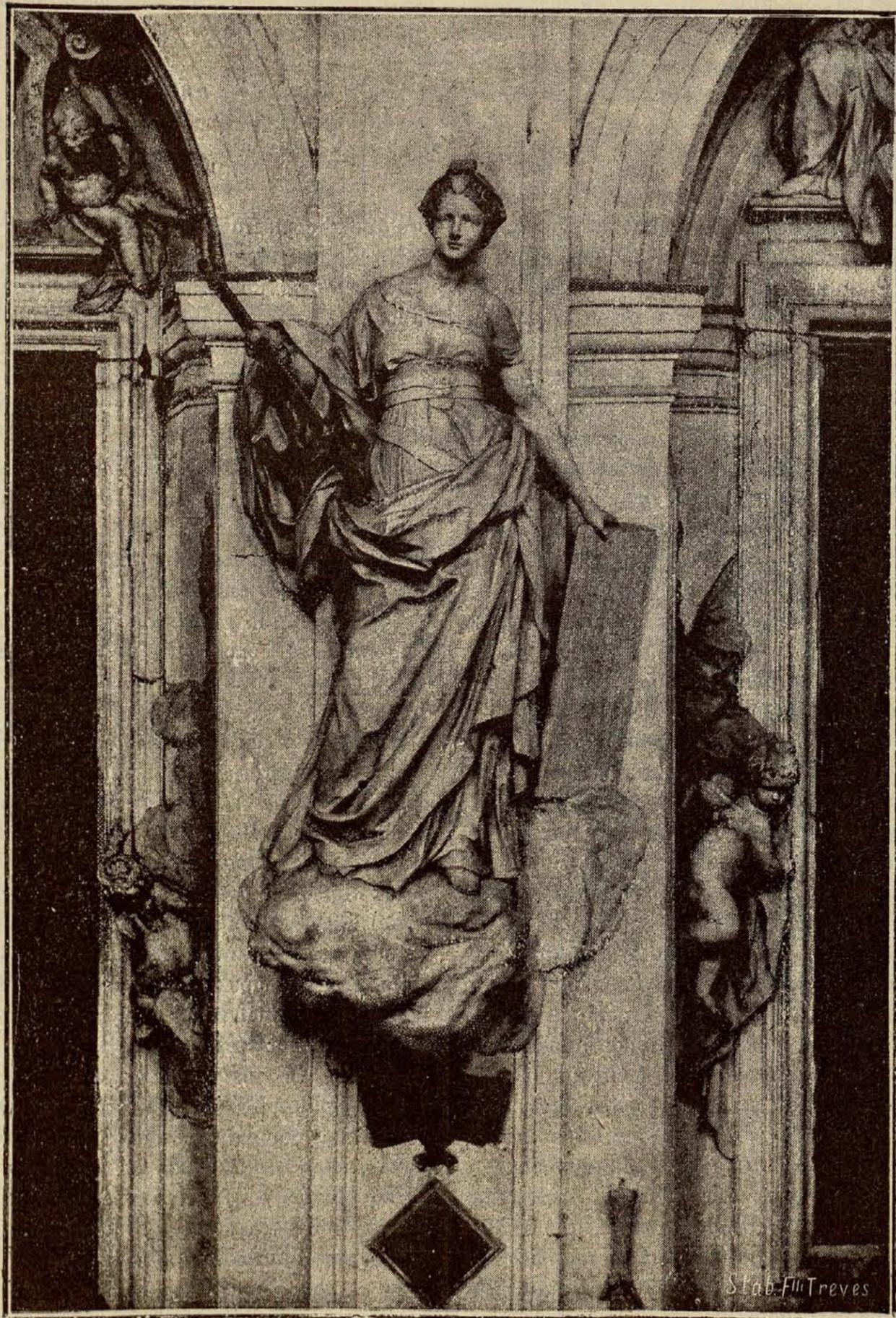
Traducida esta leyenda al romance, dice así: «*Aquí yace D. Francisco García Bonita, primer oficial de Marchamo de la Aduana de Cádiz, y Alférez de Voluntarios Realistas. Llórale su viuda.—Año de 1832, á tres de Mayo.*»

Dos hijas dejó D. Francisco García-Bonita. En lo bonitas salieron á su madre, que era una real moza. Juana, la mayor, murió soltera. Paca, que nació en 1822, precisamente al año justo de hallarse su padre encerrado en Cuatro Torres, y de

la cual fué padrino el Sr. Intendente, se casó en 1843 con un mercader de la Habana. Tuvo dos hijos que hoy viven, siendo activo comisionista el uno y virtuoso sacerdote el otro. Ambos suprimen el *Bonita* en su apellido materno, y del paterno claro es que no quiere acordarse ahora,

EL DOCTOR THEBUSSEM.

Medina Sidonia, año de 1891.



LA SABIDURÍA

POR GAGGINI, EN LA IGLESIA DE SAN MATEO, DE ROMA.

EL SOBRINO DE LOPEZ



López era muy buena persona, y su sobrino excelente muchacho; ni el tío ni el sobrino habían inventado la pólvora, entre otras razones, porque la pólvora estaba ya inventada cuando ellos vinieron al mundo; pero como para ser honrado y proceder dignamente y pasarse de servicial no ha menester ningún ciudadano haber inventado nada, López y el sobrino de López tenían las estimables condiciones que llevo indicadas y eran muy queridos por cuantas personas los conocían y los trataban.

El tío quería al sobrino como habría podido querer á un hijo; el sobrino pagaba al tío en la misma moneda, y en la casa de aquellos dos hombres respirábanse siempre auras de bienestar y efluvios de cariño. Yo era amigo de López segundo, como nombrábamos al sobrino para distinguirlo de López primero, que era el tío; pero éste, repitiendo sin cesar aquel adagio francés: «*Les amis des amis sont des amis*», me honraba asimismo con una amistad sincera, cordial, franca, de la cual me dió pruebas en muchas ocasiones.

López primero, que, según queda dicho, estaba muy lejos de ser lumbrera en las ciencias, y más lejos aún de parecer un gerifalte en la política, había llegado, sin embargo, no sé cómo, ni cuándo, ni por qué (si bien puede atribuirse á su misma insignificancia, que á nadie inspiraba recelos y que á nadie humillaba), á ser casi, casi, personaje, como que nada menos era, cuando López segundo y yo comenzamos á tratarlos, que ministro de Ultramar ó de Fomento; no puedo recordarlo ahora con exactitud, aunque sí estoy seguro de que su Ministerio era uno de esos dos, porque López representaba, al formarse aquel Gobierno, el elemento menos importante del Gabinete, y es claro que debió de encargarse de uno de esos departamentos. Tengo para mí que en España el Ministerio de Ultramar, que viene á ser un conjunto de varios ministerios pequeñitos, es de más dificultad y de mayor importancia que casi todos los otros; del Ministerio de Fomento no hay para qué decir que lo considero como el de más interés en todo país civilizado, cuyos gobernantes vean algo más allá de sus narices; pero, por uno de esos contrasentidos en que nuestra política abunda, sucede casi siem-

pre que al constituirse un Gobierno corresponden, en el reparto de carteras, las de Fomento y de Ultramar á los ministros más jóvenes, á los primerizos, ó á los que son tenidos por menos hábiles ó menos idóneos; los Ministerios de Fomento y de Ultramar son, por decirlo así, puestos de aprendizaje, donde los aficionados á la carrera ministerial hacen sus primeros ensayos y sus primeras armas..... y ¡asi sale ello!

En fin, no es cosa de que, por entregarme á melancólicas meditaciones, vaya yo á olvidar á mis buenos y queridísimos amigos López primero y López segundo, ya que eso de la distribución de poltronas ni es de mi competencia, ni—dado que lo fuera—viene ahora al caso.

López segundo y yo éramos condiscípulos cuando López primero llegó á encargarse de una cartera, y llegó además á lograr fama de ministro sincero, franco, y de político sin doblez.

Su campaña en las Cortes le hizo verdaderamente célebre y hasta celeberrimo, por la claridad inusitada con que respondía, sin reservas de ninguna clase, á cuantas preguntas le dirigían los señores diputados; la verdad, toda la verdad, era su norte; reconocía sin vacilar sus equivocaciones y las ponía inmediato correctivo; daba á las cosas sus verdaderos nombres; y con esa franqueza y con esa sinceridad, que en él eran naturales, ganó en las Cámaras respetabilidad y prestigio. Lo que López afirmaba tenía ya por verdad incontrovertible; sabían todos que, aun siendo en contra suya, exponía los hechos tales cuales eran, sin empuqueñecerlos ni abultarlos. En una votación reñidísima, López votó en contra del Gobierno de que él formaba parte, porque creyó que ni él ni sus compañeros tenían razón. Aquel voto en contra de sí mismo forma época en los fastos de nuestra historia parlamentaria, y todavía no se ha borrado de la memoria de los que le oyeron. López pronunció aquel *no* terrible, con la mayor tranquilidad, sin arrogancia, sin presumir que *realizaba un acto*, sin dirigir á una y otra parte esas miradas de reto con que vigorizan sus manifestaciones y se excitan á sí mismos los que se hallan frente á frente con un auditorio cuya inmensa mayoría les es hostil. Aquella calma inexplicable, aquella sencillez con que llevó á cabo lo que era para todos heroicidad inaudita, hizo creer á muchos que López se

había equivocado, que, por distracción, había votado lo contrario de lo que debía y quería votar; todos, amigos y adversarios, le contemplaban con asombro, y los compañeros que con él se hallaban en el banco azul le tiraban suavemente de la levita para que rectificase el error; pero él, mirándolos con gran sosiego, tomó reposadamente asiento sin rectificar cosa alguna, y ya sentado, se inclinó hacia el ministro que tenía más próximo y le preguntó por qué le había tirado de la levita.

Aquella votación fué, puede asegurarse, el complemento de la celebridad de López; la consagración universal de su rectitud, de lo limpio de su conducta y de su hombría de bien. La abnegación y el desinterés de López llegaron á ser del dominio público, y pasaron á la categoría de proverbiales.

«Es más leal que López», decían las gentes cuando querían emplear la hipérbole; «Eres más desinteresado que López»; «Soy franco lo mismo que López»; «Ni López me gana á mí á sincero», y otras análogas, fueron frases adoptadas en el lenguaje familiar y que estaban en boca de todos como multillas vulgares. Seguro estoy de que si Miguel Morayta hubiera publicado, por entonces, una segunda edición de su curioso libro: *Los Héroes del vulgacho*, habría dado puesto entre aquellas celebridades al tío de mi inolvidable y buen amigo López segundo. Como un héroe cayó del Ministerio y como héroe de leyenda quedó en el recuerdo de todos. López por aquí, López por allí, López ahora, López después, López siempre; que si López ha dicho, que si López ha hecho, que si López abajo, que si López arriba.... Vamos, que aquello fué un verdadero fanatismo, y que no se hablaba sino de López y de las cosas de López por todas partes: desde los buenos tiempos del Duque de la Victoria no se recordaba aureola de popularidad semejante.

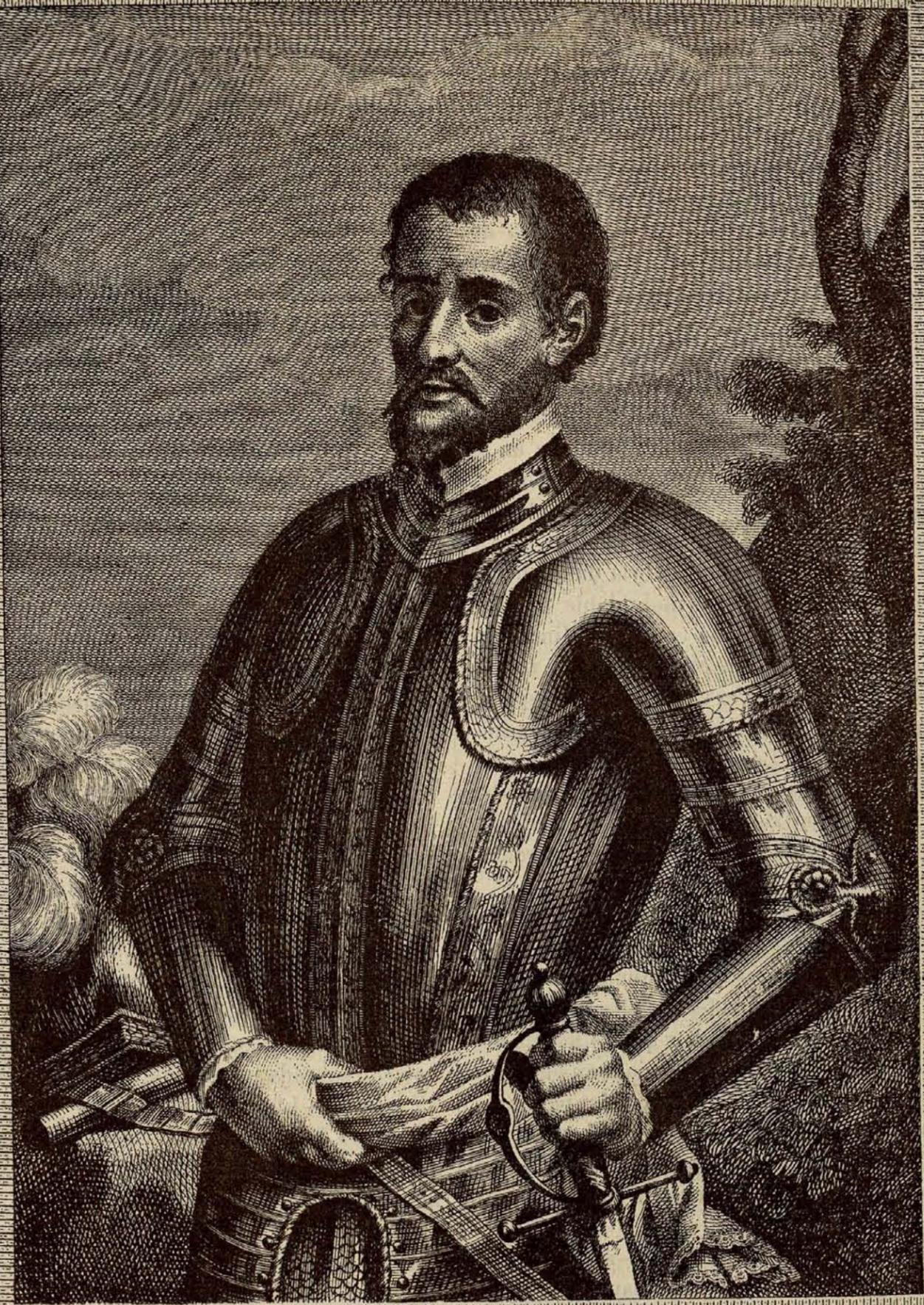
Precisamente por entonces López segundo y yo, recién salidos á la sazón de las aulas de la Universidad, comenzábamos nuestras respectivas carreras en el mundo. De muy poco, de casi nada sirvió á mi compañero la elevación de su buen tío; éste, que adoraba en su sobrino, y que se habría sacrificado gustoso por favorecerlo, ni pensó siquiera en aprovechar su paso por las elevadas regiones del poder para procurar á su pariente medros fáciles, ni empleos lucrativos; no faltó quien le indicase delicadamente la conveniencia de utilizar tan propicios momentos para poner al muchacho en buen camino:

«¡Bah!—respondió siempre López primero—á mi no me han colocado en este sitio para que reparta canonjías entre mis parientes. Lo que diese yo, sin él merecerlo, á mi sobrino, sería para mí un remordimiento de todo la vida, para él una prebenda efímera, porque estaré muy poco tiempo en este puesto á que he llegado por equivocación y para el que no sirvo, y á él se la quitarían para dársela á otro; lo que yo pudiera darle en justicia y por merecimientos suyos, mejor es que él mismo se lo gane; pues nadie dejaría de saber que le había colocado su tío, y eso podría perjudicarle.» Y no se le pudo sacar de ahí.

Pero si López no protegió materialmente á su sobrino, si le prestó mucha parte del aura popular que le rodeaba. Mi amigo llegó á ser casi tan famoso como su tío; es cierto que aquella fama no era propia, sino reflejada, á la manera misma que no es luz propia la de nuestra luna, sino reflejo de la del

sol; pero por sí ó por su pariente mi amigo adquirió pronto notoriedad, y ganó amigos, y fué presentado en todas partes, y en todas bien recibido y muy agasajado. «Es el sobrino de López», decían, y no era preciso decir más. ¿Quién es ése? El sobrino de López, se contestaba y se había contestado bastante. Y sucedió así que, al fin y á la postre, mi pobre amigo llegó á perder por completo su personalidad; ó mejor dicho, no la perdió, porque no la había tenido nunca. Él no era nadie, no había sido nunca nadie, ni había sido nada; no se llamaba Fulano de Tal, yo mismo acabé por olvidar su nombre (y ahora mismo no le recuerdo); era solamente *el sobrino de López*, no tenía otra posición que la de *el sobrino de López*, como *el sobrino de López* era solicitado en todas partes, y *al sobrino de López* obsequiaban los que le obsequiaban á él. Pero pasaron años y más años; aquella popularidad del *verdadero* y *legítimo* López fué desvaneciéndose poco á poco; los hombres que lo conocieron y las generaciones que lo habían celebrado envejecían, y paulatinamente iban desapareciendo; el mismo López murió al cabo; con él desaparecieron para siempre los últimos restos del nimbo de gloria que rodeó durante muchos años aquella venerable cabeza. Con motivo de su fallecimiento, algunos de sus contemporáneos, próximos á desaparecer como él, evocaron en los periódicos recuerdos casi completamente borrados de aquella existencia ejemplar, refiriendo hechos que resultaban para la generación joven completamente nuevos; aquellos elogios fúnebres, olvidados pocas horas después, fueron como la última llamarada de la luz que se extingue; después eran muy contados, más contados cada vez, los que sabían de López y de sus hechos que tanta fama le granjearon. La muerte de López fué para su sobrino verdadera muerte moral; *el sobrino de López* cesó de ser una persona conocida.... Ya no bastaba decir «ese caballero es *el sobrino de López*» para que todo el mundo se diese por enterado; ahora á los que preguntaban «¿quién es ése?»—dado que mi amigo no había llegado á ser nada, ni concejal de Real orden siquiera—había que responderles necesariamente con la frase consabida: «es el sobrino de López»; á lo cual replicaban con sobrada justicia los curiosos: «¿El sobrino de López? ¿Y quién es López? ¿Dónde está y qué hace el tío de ese sobrino?» Y era necesario entrar en largas y penosas explicaciones para enterar á las gentes de quién había sido y qué había hecho el tío del sobrino de López.

¡Pobre amigo mío! la última vez que nos hablamos estaba real y verdaderamente decidido á saltarse la tapa de los sesos: «Mi buen tío ha sido causa de mi desgracia—exclamó—la celebridad de aquel pariente me ha perdido. Soy el sobrino de un López, á quien nadie conoce, y no puedo ser nada más, porque el resplandor de aquel nombre famoso me sorbió cuando podría yo haber adquirido un nombre mío, completamente mío. Esto no es vivir, á esta existencia es preferible la muerte. Chico, mírate en este espejo, y si tienes hijos, y si tienes sobrinos, aconséjales que adquieran por sí y para sí una personalidad suya, exclusivamente suya; por humilde, por modesta, por pobre que fuere, siempre será algo. Que no consientan nunca en ser el *hermano* de Fulano, el *sobrino* de Perengano, y mucho menos, muchísimo menos, el *marido* de la *Zutana*; eso es peor que todo.»



EL ADELANTADO HERNANDO DE SOTO

DESCUBRIDOR DEL MISSISSIPÍ

Nació en Villanueva de Barcarrota (Extremadura) por los años de 1500.

Murió en Guachacoya (orillas del Mississippi) el año de 1542.

EL ADELANTADO HERNANDO DE SOTO

APUNTES BIOGRÁFICOS

I.

Injusticia con que frecuentemente son juzgados los españoles que descubrieron, conquistaron y poblaron las regiones del Nuevo Mundo.—Nacimiento, patria y linaje de Hernando de Soto.

La conmemoración del cuarto Centenario del descubrimiento de América, que se ha de celebrar en el próximo año de 1892, debe de servir en primer término, no sólo para glorificar el nombre del gran marino genovés, sino también para borrar de la historia las páginas calumniosas en que España aparece como un pueblo fanático é ignorante, que ciñó con la corona del martirio la frente del descubridor del Nuevo Mundo, y que, tan ansioso de riquezas como escaso de sentido moral, no fué conquistador, sino destructor de las Indias, según afirma el P. Las Casas en un libro famoso.

Pasa como verdad axiomática entre la mayor parte de los historiadores que tratan del descubrimiento de América el aserto de que todos los más sabios españoles del siglo XV eran ignorantísimos, porque ponían en duda que se pudiese llegar á la India por el camino que Colón quería seguir; y se cree como artículo de fe que el comendador Bobadilla, sin más motivo que su envidioso celo, cargó de cadenas al preclaro varón que acababa de descubrir el continente americano. Se añade que la maldad de los gobernantes de España dejó morir en la pobreza y en el más cruel abandono al primer Almirante del mar Océano; y no se dice que aconteció lo mismo á sus descendientes, porque está probado que su hijo natural, D. Fernando, vivió espléndidamente en Sevilla, que su hijo legítimo, D. Diego, fué segundo almirante del mar Océano y virrey de las islas y tierra firme por su padre descubiertas, y que á su nieto D. Luis se le hizo merced nombrándole Duque de Veragua y Marqués de la Jaimaca, y después Duque de la Vega. Aun más: el mayorazgo fundado por Cristóbal Colón el año 1497 debió ser tan cuantioso, que después de muchos años en que se pleiteó sobre su posesión por varias familias españolas é italianas, quedaron suficientes riquezas para que la casa de los Duques de Veragua, Grandes de España de primera clase, haya llegado hasta nuestros días con el esplendor propio de su alta jerarquía social.

Necesario es que se demuestre en los escritos históricos que habrán de ver la luz pública con motivo de las fiestas conmemorativas del próximo Centenario que es injusto, altamente injusto, que la deshonra de España sirva de pedestal á la gloria de Cristóbal Colón, y así sucede con deplorable frecuencia. Nunca será bastante alabado el patriótico celo del capitán de navío D. Cesáreo Fernández Duro, que en libros y folletos ha procurado destruir los errores deshonrosos para Portugal y España que de continuo propagan los ciegos panegiristas del inmortal nauta que descubrió el Nuevo Mundo. Explicación tiene, sin embargo, el generoso entusiasmo que exagera el elogio con detrimento de la verdad; pero no la tienen otro género de censuras con que se mancha la imperecedera fama de los conquistadores españoles que llevaron la civilización europea al continente americano; censuras en que se presenta á nuestros más renombrados caudillos de la conquista de América como monstruos de crueldad, olvidando que lo que se quiere señalar como excepción es en la guerra regla general, según puede comprobarse con el recuerdo de lo que ahora mismo hacen los ingleses en la India y los norte-americanos cuando se sublevan los *pieles rojas*, es decir, cuando los indígenas quieren recabar su independencia frente al poder de sus conquistadores que forman el gobierno de los Estados Unidos.

Parece que los españoles hemos aceptado como verdades comprobadas todo lo que escriben los extranjeros en desdoro de nuestra patria al tratarse del descubrimiento y conquista de América, y así en una obra histórica por el Gobierno publicada, la *Colección de retratos de los españoles ilustres, con un epitome de sus vidas* (Madrid, 1791), al tratar del conquistador de la Florida se dice lo siguiente: «El único guerrero (nótese bien, el *único*) que entre los conquistadores de América supo unir la moderación á la fuerza y la generosidad á la ambición, fué el adelantado Hernando de Soto.» Aquí, á semejanza de lo que antes hemos dicho respecto al modo que suele emplearse para ensalzar el mérito de Cristóbal Colón, se honra la memoria de Hernando de Soto, menospreciando al propio tiempo á todos sus compañeros de armas.

La hiperbólica alabanza que acabamos de copiar nos indujo á suponer que Hernando de Soto habría mostrado en sus campañas y en el gobierno de los países que sojuzgó tan relevantes prendas de moderación y generosidad, que hicieron imposible la censura con que se trata de empañar la gloria de los héroes que murieron ó triunfaron en las guerras de la conquista de América. Partiendo de esta lógica suposición, bien merece el conquistador de la Florida que se recuerde su nombre y se relaten los hechos de su azarosa y no larga vida, como justo tributo á sus singulares merecimientos (1).

Hernando de Soto, como Hernán Cortés, como Francisco Pizarro, como Vasco Núñez de Balboa, tres de las más grandes figuras históricas del descubrimiento y conquista de América, nació en Extremadura, el año de 1500, fijando esta fecha por la edad que dicen contaba en el día de su fallecimiento.

El historiador Garci-Lasso, ó Garcilaso, como de ordinario se escribe, en el libro que se conoce vulgarmente con el título de *La Florida del Inca*, no menciona el nombre de los padres, ni cuenta nada de los primeros años de la vida de Hernando de Soto, y esto induciría á sospechar que había nacido en humilde cuna; pero acaso para desvanecer esta sospecha al finalizar su obra histórica, dice el Inca: «Fué el adelantado Hernando de Soto, como al principio dijimos, natural de Villanueva de Barcarrota, hijodalgo de todos cuatro costados, de lo cual habiéndose informado la Cesárea Majestad le había enviado el hábito de Santiago; mas no gozó de esta merced, porque cuando la cédula llegó á la isla de Cuba, ya el gobernador había entrado al descubrimiento y conquista de la Florida.»

II.

Hernando de Soto en Castilla del Oro y en Nicaragua.—Su lealtad militar en la sublevación de Francisco Hernández de Córdoba.—Opinión que de su mérito tenía el alcalde mayor Francisco de Castañeda.—Hernando de Soto en el Perú.

El ministro plenipotenciario de Costa-Rica en España, nuestro amigo D. Manuel María de Peralta, ha publicado un libro que se titula: *Costa-Rica, Nicaragua y Panamá en el siglo XVI*, y en este libro se hallan algunas noticias acerca de Hernando de Soto que nos parecen curiosas y son poco conocidas.

(1) En España nadie ha tratado de inquirir las particularidades de la vida de Hernando de Soto. El epitome biográfico que en el texto citamos, como ya su nombre lo indica, es brevísimo. En los *Varones ilustres del Nuevo Mundo*, por D. Fernando Pizarro y Orellana, no está incluido Hernando de Soto; y es natural que así sea, por que este libro es en primer término una defensa de los Pizarros y una demanda de premios para sus descendientes. En las muchísimas biografías de españoles célebres publicadas en los 22 tomos que constituyen la colección completa del *Semanario Pintoresco Español* no se halla la del descubridor del Mississippi. En el *Catálogo del Museo Naval*, donde la biografía de algún general de marina del siglo XVIII, de muy escasa celebridad, ocupa no poco espacio, la de Hernando de Soto no llega á tres docenas de renglones. En el *Diccionario universal de Historia y de Geografía*, de Mellado, se citan á los casi desconocidos pintores Lorenzo y Juan de Soto, pero nada se dice del famoso guerrero Hernando de Soto. Parece que en el extranjero se ha tratado de remediar este olvido de nuestros biógrafos, porque en 1858 se publicó en Filadelfia una *Historia de la vida y de los viajes de Hernando de Soto*, por L. A. Wilmer, pero no hemos podido encontrar este libro, en que es de temer no salga muy bien librada la memoria del Adelantado de la Florida.

Por orden del gobernador de Castilla del Oro, Pedro Arias ó Pedrarias Dávila, su lugarteniente, Francisco Hernández de Córdoba, conquistó en pocos meses la provincia de Nicaragua, según cuenta el Sr. Peralta en el libro que acabamos de citar. «Su primer acto fué, continúa diciendo el Sr. Peralta, la fundación de la villa de Bruselas, en Orontina, en la costa oriental del golfo de Chira. Esto debió ocurrir de Enero á Marzo de 1524.... Encargóse de poblarla al capitán Ruy Díaz, y dejó por teniente de ella al capitán Andrés Garavito. Mas no estaba Bruselas destinada á durar. A fines del año siguiente la despobló Hernández que necesitaba sus pobladores para resistir á Pedrarias, su jefe, contra quien meditaba una rebelión. Garavito rehusó seguir las miras de Hernández, y éste le redujo á prisión; pero no mejor dispuestos halló á capitanes tan principales como Hernando de Soto, Juan Téllez y Francisco Compañón, que salieron de Nicaragua y fueron á Panamá á dar parte á Pedrarias de los manejos de su teniente. Hallábase el gobernador de Castilla del Oro enfermo y casi imposibilitado, pero le dió fuerzas la ira. Juntó el mayor número de gente que pudo, casi despoblando á Panamá; se embarcó en Enero de 1526 para Natá, donde recibió nuevas informaciones de la rebelión de Hernández, y poco después se hizo al mar con destino á Nicaragua y desembarcó en la isla de Chira, yendo por tierra á reunirse con él en Nicoya, situada en la tierra firme, cuatro leguas al Oeste de Chira, una escogida fuerza al mando de Benito Hurtado y de Hernando de Soto.»

Resulta de la narración del Sr. Peralta, que acabamos de copiar, que Hernando de Soto á la edad de veinte y tantos años era ya acreditado guerrero entre los conquistadores de lo que hoy se llama el centro de América, puesto que se le daba el nombre de capitán y se le confiaba el mando de las tropas; y también resulta que su lealtad al gobernador de Castilla del Oro es prueba de sus buenas cualidades como militar subordinado y obediente á sus jefes.

No es de este lugar referir los pormenores de la lucha entre el gobernador Pedrarias y el rebelde Francisco Hernández; lucha en que triunfó Pedrarias, su adversario fué hecho prisionero, condenado á muerte y degollado en una plaza pública á mediados de 1526.

Del capitán Hernando de Soto se hace nuevamente mención honrosa en el libro del Sr. Peralta al publicar las cartas del licenciado Francisco de Castañeda, alcalde mayor de Nicaragua, dirigidas á la Sacra, Cesárea, Católica Majestad, como dicen en su comienzo. En la segunda de estas cartas, escrita en León de Nicaragua con la fecha de 5 de Octubre de 1529, el licenciado Castañeda dice lo siguiente:

«El gobernador ha escrito á V. M. diciendo que hace navíos para descubrir por esta mar del Sur: es burla lo que ha escrito, porque no quiso hacer sino un navío para traer á sus fletes y ganancias de aquí á Castilla del Oro, como hizo otro estando en Panamá, que no le ha ocupado, ni ocupa en otra cosa, sino en andar á fletes; sólo lo hace á fin de sostenerse en la gobernación, diciendo que hace armada para servir á S. M.; antes ha estorbado y estorba á los capitanes Hernán Ponce de León y Hernando de Soto, que aquí están, que no hayan hecho cuatro ó cinco navíos, que pudieran haber hecho aquí, para servir á V. M. y descubrir por esta mar, que son personas que en esta parte á V. M. han servido mucho. Después que el gobernador vino á Castilla del

Oro, que habían diez y ocho años hasta ahora, se han hallado en todos los trabajos y cosas de la tierra, y tienen aparejo para hacer los dichos navíos, é hicieron uno, el mayor que en esta tierra se ha hecho, y porque no hagan más navíos, porque sabe el gobernador que han los dichos capitanes enviado á suplicar á V. M. les dé licencia para descubrir por esta mar, les ha tomado y toma los carpinteros para que no hagan los navíos, diciendo que él quiere hacer navíos, y los ocupa en hacer un bergantín, todo á fin de embarazar para que no hagan navíos.»

Es lógico suponer que el leal Hernando de Soto, viendo que el gobernador Pedrarias Dávila pagaba con abominable ingratitud los servicios que le había prestado en la sublevación capitaneada por Francisco Hernández de Córdoba, y convencido de que eran insuperables las dificultades que le ponían para que no pudiese realizar sus alentados propósitos de descubrimientos y conquistas, se determinaría á trasladarse al Perú, donde á la sazón guerreaban los españoles á las órdenes de Francisco Pizarro y Diego de Almagro, animados por risueñas esperanzas de grandes glorias y no menores provechos. Sea este ú otro el motivo de su cambio de residencia, poco tiempo después de la fecha en que el licenciado Castañeda escribió lo que antes hemos copiado, hallamos á Hernando de Soto combatiendo denodadamente al lado del famoso conquistador del imperio de los Incas, y mostrando allí como en todas ocasiones las superiores prendas que enaltecían su carácter moral. El caso fué como á continuación diremos.

Aprisionado por orden de Francisco Pizarro el poderoso inca Atahualpa, cuenta el historiador anglo-americano Guillermo H. Prescott que Hernando de Soto era el caudillo español á quien el desdichado Monarca confiaba sus temores y demandaba se le concediese todo lo que, según su opinión, de justicia le correspondía.

Al acercarse el momento que Pizarro creyó oportuno para procesar al Inca, tuvo la precaución de alejar á Hernando de Soto, mandándole que saliese de Caxamalca y fuese á Guamachucho para averiguar el fundamento que pudiesen tener los rumores que corrían de próximo levantamiento de los indígenas en contra de los españoles.

Cuando Hernando de Soto estuvo ya lejos de Caxamalca, comenzó el proceso del Inca, que, brevemente sustanciado, fué causa de una de esas iniquidades que los políticos quieren disculpar con lo que llaman razón de Estado, pero que la conciencia honrada condena y condenará siempre con la voz severa de la justicia y de la Historia.

Atahualpa en el Perú, Luis XVI en Francia, el emperador Maximiliano en Méjico, no fueron castigados con la pena de muerte por los delitos de que se les acusó, no; estos desdichados Monarcas murieron porque sus jueces entendían que la intimidación es el principal fin de la pena; y así con la muerte de Luis XVI trataban los revolucionarios franceses de asustar á los ejércitos que contra ellos combatían; con la de Maximiliano de Austria se propusieron los mejicanos evitar que volviera á pensarse en erigir tronos en América para príncipes europeos, y con la de Atahualpa quisieron los españoles que los indios, al ver morir en el cadalso al Inca, al hijo del Sol, se sometiesen aterrorizados á los que daban tan patente muestra de su singular poderío.

El inca Garcilaso, en sus *Comentarios reales*, afirma que

fueron muchos los españoles que se opusieron á que se diera muerte á Atahualpa, y dice que los hermanos Francisco y Diego de Chaves, naturales de Trujillo, que Francisco de Fuentes, Pedro de Ayala, Diego de Mora, Francisco Moscoso, Hernando de Haro, Pedro de Mendoza, Juan de Herrada, Alonso de Avila y Blas de Atienza, fueron los que más esfuerzos hicieron para inclinar el ánimo de Francisco Pizarro á que perdonase la vida al Inca y lo enviase á España, donde podría ser juzgado con más justicia y más imparcialidad por los tribunales del emperador Carlos V. Todo fué en vano. Se cumplió la cruel sentencia, y el poderoso inca Atahualpa murió agarrotado en la plaza de Caxamalca el 29 de Agosto de 1533.

III.

Hernando de Soto reconviene á Pizarro por haber dado muerte á Atahualpa.— Rasgo de energía con que evita en el Cuzco la lucha de los Pizarros contra Diego de Almagro.—Sale del Perú Hernando de Soto acompañando al obispo de Panamá.—Su llegada á España.

Todos los historiadores de la conquista del Perú, desde los que fueron testigos presenciales de aquellas memorables campañas, como el soldado Pedro Pizarro, hasta los que han escrito en estos últimos tiempos, como Guillermo H. Prescott, están conformes en afirmar que cuando Hernando de Soto volvió á Caxamalca y supo lo que se había hecho durante su ausencia, se lamentó tanto de la muerte que se había dado al Inca, que Francisco Pizarro se vió obligado á disculparse y á fingir que también se dolía de que le hubiesen engañado, haciéndole creer que los indios trataban de levantarse en armas para poner en libertad á su infeliz Monarca, cosa que era de todo punto falsa, según los informes que Soto había adquirido en su breve expedición.

No seguiremos paso á paso la relación de la vida y de las hazañas de Hernando de Soto en el Perú; porque basta para el fin que ahora nos proponemos recordar aquí, con especial mención, un hecho en que supo demostrar que aventajaba á sus compañeros de armas en la prudencia del consejo, sin amenguar por esto la energía de sus resoluciones. Sabidas son las discordias entre los dos capitanes, Francisco Pizarro y Diego de Almagro, que acometieron la empresa de añadir á los dominios de España el poderoso imperio de los Incas. Es un episodio de estas discordias lo que aconteció en la ciudad del Cuzco cuando llegó allí Diego de Almagro, y los hermanos Hernando y Gonzalo Pizarro trataron de fiar á la suerte de las armas la determinación de los límites del territorio que pertenecía á cada uno de los dos capitanes conquistadores. Hernando de Soto, que á la sazón gobernaba en aquella ciudad, procuró dirimir pacíficamente la contienda; pero viendo que los Pizarros se obstinaban en su desacertado propósito, aun cuando, como dice el cronista Antonio de Herrera, ellos tenían las armas y él sólo empuñaba la vara de la justicia, les mandó que quedaran arrestados en su casa, y haciendo lo mismo con Diego de Almagro, consiguió evitar la fratricida lucha de españoles contra españoles, y dió tiempo á que llegase Francisco Pizarro, que, con más astucia que lealtad, fingió reconciliarse con su antiguo compañero y amigo, y ambos firmaron aquel famoso contrato, fechado en el Cuzco á 12



AL ENTIERRO.
CUADRO DE D. FRANCISCO PRADILLA.

de Junio de 1535, cuyo original aun existe en el archivo de Simancas.

Cuando hablan las pasiones se escucha con dificultad, y hasta con disgusto, la voz de la razonada prudencia. Es de creer que la conducta mesurada de Hernando de Soto, al aquietar el ánimo de los partidarios de Almagro y de los de Pizarro, disgustaría por igual á los caudillos rivales. Buena prueba es de la exactitud de nuestra conjetura, que poco después de lo pasado en el Cuzco, negó Diego de Almagro á Hernando de Soto el nombramiento de su lugarteniente en la expedición para la conquista de Chile; y por su parte, Francisco Pizarro no le confirió ningún cargo de confianza en todo el tiempo que continuó bajo sus órdenes.

Vivia Hernando de Soto en la ciudad de los Reyes, hoy Lima, que era el sitio que había elegido Francisco Pizarro para capital del Perú, cuando llegó el obispo de Panamá, Fr. Tomás de Berlanga, «que por comisión del Rey, al decir del cronista Herrera, iba á poner límites en las gobernaciones de D. Francisco Pizarro y D. Diego de Almagro». Más fácil fuera poner puertas al campo que llevar á feliz remate la designación de límites que se había encargado al buen religioso. Pronto hubo de convencerse de esta verdad el P. Fr. Tomás de Berlanga, puesto que resolvió volverse á su obispado de Panamá, sin duda para dar cuenta al Rey del mal resultado de sus negociaciones. «Hernando de Soto, dice Herrera, muy enfadado de ver tantas pasiones, y juzgando, según hallaba los ánimos de mal dispuestos, que aquella concordia de D. Diego de Almagro y D. Francisco Pizarro no podía durar, por la mucha codicia que veía dominar en todos, y especialmente en los hermanos Pizarros», se dispuso para acompañar al Obispo en su viaje á Panamá, y después regresar á España.

Se desconoce la fecha en que pisó las playas españolas Hernando de Soto al volver de América; pero debió ser poco más ó menos á mediados de 1536, ó en los comienzos del año siguiente. Parece que la riqueza que había adquirido en el Perú no pasaba de unos cien mil duros, pero hay historiador francés que la hace llegar á la enorme cantidad, sobre todo para aquellos tiempos, de diez millones de reales.

Hernando de Soto se había casado con D.^a Isabel de Bobadilla, hija de Pedrarias Dávila, gobernador de Castilla del Oro y de Nicaragua, y de D.^a Isabel de Bobadilla. Por parte de su padre era D.^a Isabel sobrina del primer Conde de Puñonrostro, y por la de su madre también sobrina de la Marquesa de Moya, la gran amiga de Isabel la Católica. Según la opinión del erudito D. Manuel M. de Peralta, el matrimonio de Soto y D.^a Isabel debió verificarse después del año de 1531 y antes del de 1539 (1). ¿Se casaría Her-

(1) Después de impreso lo que aparece en el texto, hemos leído en la *Historia general y natural de las Indias*, por Gonzalo Fernández de Oviedo, que Hernando de Soto, «estando en Castilla, se casó con una de las hijas del gobernador Pedrarias Dávila, llamada D.^a Isabel de Bobadilla, como su madre, mujer de gran ser é bondad, é de muy gentil juicio é persona». El inca Garcilaso también dice que D.^a Isabel de Bobadilla era hija de Pedrarias Dávila; pero el cronista Antonio de Herrera afirma en dos distintos pasajes de su *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del mar Océano*, que D.^a Isabel de Bobadilla era hija del Conde de la Gomera. Nuestro amigo D. Manuel M. de Peralta en una nota manuscrita, que ha redactado después de consultar los papeles del Archivo de Simancas, dice que Hernando de Soto se casó con D.^a Isabel de Bobadilla, hija de Pedrarias Dávila y de D.^a Isabel de Bobadilla y Peñalosa; y añade que la mujer de Hernando de Soto tenía un hermano, que se llamaba Arias

nando de Soto cuando volvió á Panamá acompañando al obispo fray Tomás de Berlanga? Sea de esto lo que quiera, el hecho es que el valeroso capitán, que tantas y tantas veces había expuesto su vida durante largos años bajo las órdenes de Pedrarias Dávila, Diego de Almagro y Francisco Pizarro, volvió á su patria rico en bienes de fortuna y emparentado con la antigua nobleza castellana por su casamiento con la hija del gobernador y teniente de general (como en aquél entonces se decía) de Castillo del Oro y de Nicaragua.

Trece ó catorce años duró la permanencia en América de Hernando de Soto. Salió siendo mozo de poco más de veinte años y volvió hombre de edad madura, pero aun lejano de la vejez odiosa; sí, odiosa, que afinadamente usó de este calificativo Quintana en una de sus más célebres poesías.

De noble origen, según el inca Garcilaso, y personalmente ennoblecido por sus hazañas en la conquista del Nuevo Mundo, rico y ventajosamente casado, pudo Hernando de Soto, y la voz del egoísmo así se lo aconsejaría, fundar mayorazgo en la población donde había nacido y ser allí el primero entre los primeros de sus más calificados habitantes, ó trasladarse á la corte y figurar al lado de los caballeros y magnates que siempre forman el séquito de los monarcas; pero volaba más alto su pensamiento y otras fueron sus resoluciones.

Llenaba el mundo la fama de Hernán Cortés, conquistador de Méjico, y de Francisco Pizarro y Diego de Almagro, conquistadores del Perú, y Hernando de Soto se propuso conquistar nuevos y no menores territorios en el Nuevo Mundo para bien de España y gloria de su nombre.

Juan Ponce de León, que había descubierto en la parte Norte de las llamadas en aquel entonces Indias Occidentales una gran extensión de tierra, á que dió el nombre de la Florida, por haber desembarcado en sus costas el domingo de Pascua Florida del año 1512, pidió y obtuvo el derecho de conquistar y poblar esta tierra, pero fracasó en la empresa. Cupo la misma infeliz suerte á Lucas Vázquez de Ayllón y Pánfilo de Narváez, y después de tan repetidos fracasos, nadie se aventuraba á intentar lo que sin duda presentaba insuperables dificultades. Hernando de Soto, creyente en el poderío de su vencedora espada, y fiando en la experiencia militar que había adquirido en sus combates con los indios, pidió al emperador Carlos V que le nombrase gobernador de la isla de Cuba, para que esta isla le sirviese de base en las primeras operaciones militares de la conquista de la Florida, que se proponía realizar por su cuenta y riesgo. «La Cesárea Majestad, dice el inca Garcilaso, hizo merced á Hernando de Soto de la conquista, con título de adelantado y marqués de un estado de treinta leguas de largo y quince de ancho en la parte que él quisiese señalar de lo que á su costa conquistase. Dióle asimismo que durante los días de su vida fuese gobernador y capitán

Gonzalo, y dos hermanas, D.^a Maria de Peñalosa, prometida de Vasco Núñez de Balboa, y que después se casó con Rodrigo de Contreras, gobernador de Nicaragua, y D.^a Elvira Arias Dávila.

También merece notarse que el cronista Herrera, en el índice general de la obra antes citada, enmienda el nombre de la mujer de Hernando de Soto y dice que se llamaba D.^a Beatriz de Bobadilla. Parece que esta enmienda no es infundada. Acaso se llamaría D.^a Beatriz Isabel de Bobadilla, y se la conocería en el trato familiar y amistoso por el segundo y no por el primero de sus nombres de pila.

general de la Florida, que también lo fuese de la isla de Santiago de Cuba, para que los vecinos y moradores de ella como á su gobernador y capitán le obedeciesen y acudiesen con mayor prontitud á las cosas que mandase necesarias para la conquista.»

IV.

Hernando de Soto, nombrado Gobernador de la isla de Cuba y Adelantado de la Florida, sale de España en el año de 1538.—Digresión acerca del derecho de conquista que ejercitaban los españoles en el continente americano.— Llegada á la isla de Cuba del gobernador Hernando de Soto.

El día 6 de Abril de 1538 zarpó del puerto de Sanlúcar de Barrameda la armada que bajo las órdenes de Hernando de Soto conducía á los futuros conquistadores de la Florida, cuyo número no llegaba á mil, según nos cuentan los historiadores coetáneos de aquel suceso. Las galas de la elocuencia deberían emplearse en retratar al caudillo de tan aventurada empresa, gastando su caudal, alejándose de su patria, poniendo en grave peligro su vida y la de su familia, para adquirir al fin de la jornada, si Dios favorecía su empresa, lo mismo que ya antes tenía, la fama de experto y valeroso capitán y las riquezas de conquistador afortunado. No; no era un fin de rastro egoísmo lo que empeñó á Hernando de Soto en la conquista de la Florida. Si acaso, podría influir en su ánimo el amor á la gloria póstuma; acaso podría desear que su nombre figurase en primera línea entre los descubridores y conquistadores de América; y si así fuera, la Historia no puede condenar á quien busca en sus páginas el elogio de sus hechos, como la única recompensa que satisface su anhelo de inmortal memoria. Los amantes de la fama póstuma son los creyentes en la verdad y en la justicia de la Historia.

Antes de continuar nuestro relato se ocurre esta pregunta: ¿tenían derecho los españoles para conquistar las tierras del continente americano por ellos descubierto, desposeyendo á los indígenas del dominio privado y público que allí ejercían? La cuestión que aquí se plantea no existía en el mundo anterior á Jesucristo. Los griegos, y lo mismo los romanos, llamaban bárbaros y consideraban como enemigos á todos los pueblos extranjeros. Aristóteles, el gran Aristóteles, decía «que los bárbaros habían nacido para ser esclavos de los griegos y que se les podía reducir á esta condición social por toda clase de medios sin cometer ninguna injusticia.» Tucídides afirma que sus compatriotas aceptaban como evidente verdad que «el Rey, ó la República, al hacer lo que es útil, siempre hace lo que es justo.» La luz del cristianismo desvaneció las sombras de tan groseros errores; pero exagerando el alcance de la igualdad esencial de todos los hombres, cualquiera que sea el pueblo ó raza á que pertenezcan, en el siglo XVIII se llegó á formar la idea de un derecho internacional abstracto, de un derecho separado y aun opuesto á toda realidad histórica; idea que llegó á formular su última consecuencia en aquella frase, tan célebre como absurda: «Sálvense los principios y que se pierdan las colonias.» ¡Como si los buenos principios de la política racionalmente democrática fuesen contrarios á la conservación de las colonias!

Influido por las falsas ideas acerca del derecho de gentes

que dominaban en el siglo XVIII escribió el gran poeta Quintana la estrofa de una de sus odas, que comienza con el conocido verso:

¡Virgen del mundo! ¡América inocente!

y termina calificando de bárbaros y malvados á los heroicos aventureros que llevaron á feliz remate hazañas tan grandes que no las han visto mayores los tiempos pasados y presentes, y acaso no podrán ser superadas en los venideros. Cierta es que el mismo Quintana cuando cambia la lira del poeta por la pluma del historiador para escribir las vidas de Vasco Núñez de Balboa y Francisco Pizarro, templó algún tanto la severidad de sus censuras; pero así y todo sus juicios acerca de los conquistadores de América están muy lejos de ser equitativos, y la justicia sin la equidad es como luz que ciega y no alumbrá.

Hay que decirlo, porque es verdad y es honra de nuestra patria. Los reyes de España no desatendieron la cuestión de derecho de gentes que entrañaba el descubrimiento y conquista de América. La controversia entre Fr. Bartolomé de las Casas y Juan Ginés de Sepúlveda acerca del derecho de los españoles para dominar en las tierras del Nuevo Mundo fué objeto de una consulta que se hizo al sapientísimo teólogo Fr. Francisco de Vitoria, y el parecer dado por este varón insigne es la doctrina que aun puede aceptarse en lo esencial como verdadera para justificar en lo posible las adquisiciones territoriales que han hecho y hacen los pueblos civilizados.

Hoy que Inglaterra, Francia, Alemania é Italia toman posesión de inmensos territorios, no recientemente descubiertos, sino tan de antiguo conocidos como lo es el continente africano á que pertenecen, juzgamos harto pueriles los escrúpulos de conciencia que mostraban los publicistas del siglo XVIII al tratar de la conquista de América por los caudillos españoles y portugueses.

De las breves consideraciones que anteceden con facilidad puede deducirse la lógica consecuencia de que el emperador Carlos V autorizando á Hernando de Soto para realizar la conquista de la Florida procedía conforme á las leyes establecidas, tácita ó expresamente, en el derecho internacional de su tiempo. No hay que decir que Hernando de Soto, revestido con la autoridad que le había otorgado su Rey, en nombre y representación de su patria, cumplía con las más rígidas reglas de la justicia y del derecho al emprender la conquista de la Florida en el modo y forma que después veremos.

Basta de digresión, y anudando el roto hilo de nuestro relato, consignaremos aquí que, según dicen los primeros historiadores de la conquista del Nuevo Mundo, la escuadra que zarpó de Sanlúcar, al mando del adelantado Soto, estaba compuesta de siete galeones, dos bergantines y una carabela. «El Adelantado, dice el Inca Garcilaso de la Vega, con toda su casa, mujer y familia, se embarcó en una nao, llamada *San Cristóbal*, que era de ochocientas toneladas... En otra menor, llamada *Magdalena*, se embarcó Nuño Tovar, natural de Jerez de Badajoz.... En otro galeón igual á éste, llamado *Buena Fortuna*, iba el capitán Andrés de Vasconcelos, caballero fidalgo portugués, natural de Yelves, el cual llevaba una hermosa y lucida compañía de fidalgos portugueses, que algunos de ellos habían sido soldados en las fron-

teras de Africa. Diego García, hijo del Alcalde de Villanueva de Barcarrota, iba por capitán de otro navío grueso, llamado *San Juan*. Arias Tinoco, nombrado por capitán de la infantería, iba por capitán de otra nao grande, llamada *Santa Bárbara*. Alonso Romo de Cardeñosa, hermano de Arias Tinoco, iba por capitán de un galeoncillo llamado *San Antón*, y con este capitán iba otro hermano suyo, Diego Arias Tinoco, nombrado para alférez general del ejército. Estos tres hermanos eran deudos del General. Por capitán de una carabela muy hermosa iba Pedro Calderón, caballero natural de Badajoz, y en su compañía Micer Espinola, caballero genovés, el cual era capitán de sesenta alabarderos de la guardia del Gobernador.... Llevaban dos bergantines para servir de la Armada, que por ser más ligeros que las naos gruesas, sirviesen como espías de descubrir por todas partes lo que hubiese por la mar.»

No seguimos extractando la descripción que hace el Inca de la Armada y del viaje de Hernando de Soto, porque no lo consienten los estrechos límites de estos apuntes biográficos. Bastará decir que á fines de Mayo (1538) llegó la Armada á las costas de la isla de Cuba, y después de algunos raros incidentes, que muy por menor refiere el Inca, Hernando de Soto y su pequeño ejército desembarcaron en Santiago de Cuba, donde fué recibido el nuevo Gobernador de la Isla con grandes muestras de júbilo por parte de sus habitantes, y durante muchos días hubo fiestas públicas, danzas saraos por las noches, y por el día ejercicios ecuestres y militares. A los caballeros que se aventajaban, dice el Inca, por su destreza en las armas, ó por su discreción en las letras, se les daban premios de honor que para los victoriosos estaban señalados.

V.

Salida de la Habana y desembarco en las costas de la Florida de Hernando de Soto y de su ejército.—Pérdidas que tuvieron los españoles en las batallas de Mavila y de Chicosa.—Hernando de Soto descubre el río Misissipi en el mes de Mayo de 1541.

Cerca de un año permaneció Hernando de Soto en la isla de Cuba haciendo los preparativos necesarios para la conquista de la Florida. Durante este tiempo supo que unos corsarios franceses habían saqueado y destruído la ciudad de la Habana, y para remediar este daño dispuso que un capitán, llamado Mateo de Aceituno, ilustre caballero, natural de Talavera de la Reina, acompañado del conveniente número de soldados y colonos, fuese á reedificarla, porque pensaba que esta ciudad, como tan cercana á las costas de la Florida, era el sitio más apropiado para embarcarse con su ejército y dar principio á su proyectada conquista.

Cumplió el capitán Mateo de Aceituno el encargo que se le había dado, y á fines del mes de Agosto (1538) ya pudo Hernando de Soto trasladarse de Santiago á la Habana al frente de cincuenta jinetes, mandando al propio tiempo que por tierra fuese el resto de la caballería, y que los infantes y su familia hiciesen el viaje por mar.

Reunidos en la Habana todos los capitanes y soldados que se aprestaban para ir á la conquista, ordenó el Adelantado que Juan de Añasco, que al decir de los historiadores gozaba renombre de gran cosmógrafo y marino y hasta de astró-

logo, acompañado de la gente más práctica en la navegación, recorriese las costas de la Florida, averiguase cuáles eran los puertos de mejores condiciones para el desembarco de las tropas, y se enterase todo lo que pudiera de los medios de defensa que presentaban aquellas desconocidas regiones, así por la configuración del terreno, como por las costumbres y estado social de sus habitantes. Primero en un viaje, que duró dos meses, y después en otro, que duró tres, adquirió Juan de Añasco todas las noticias que pudo, y se las comunicó á Hernando de Soto, que tan acertadamente había ordenado estos que hoy llamaríamos reconocimientos militares.

«Siendo los quince de Abril de este año (1539), dice Antonio de Herrera, y estando para comenzar la jornada, nombró el Adelantado por gobernador de la Isla de Cuba á su mujer D.^a Isabel de Bobadilla», nombramiento que hoy podrá invocarse como antecedente histórico en la cuestión palpitante de la capacidad ó incapacidad de la mujer para ciertos cargos y profesiones que hasta ahora se habían considerado como propiedad exclusiva del llamado sexo fuerte.

Terminados todos los preparativos para la conquista que se proyectaba, el Adelantado dió la orden de embarque. La escuadra, que se componía de seis navíos, se hizo á la vela el 12 de Mayo de 1539, y después de una navegación penosa, por haber reinado vientos á su rumbo contrarios, llegó sin averías á las costas de la Florida, donde se verificó el desembarco de las tropas en el día 1.^o de Junio del ya citado año de 1539.

Mil hombres y trescientos cincuenta caballos; á esto estaba reducido el ejército con que Hernando de Soto se proponía dar cima á la empresa de conquistar extensos territorios y vencer en repetidas batallas á millares y millares de indios, de valor ya probado en su resistencia á Juan Ponce de León, Lucas Vázquez de Ayllón y Panfilo de Narváez (1).

Los floridos, como les llaman nuestros cronistas del siglo XVI, ya avezados á guerrear con los *hombres blancos*, opusieron una tenaz y valerosa resistencia á los nuevos invasores de su tierra natal; y aun cuando Hernando de Soto

(1) La empresa de conquistar la Florida, que Hernando de Soto intentaba llevar á cabo con mil hombres y trescientos cincuenta caballos en 1539, tres siglos después ha costado al Gobierno de los Estados Unidos sostener una guerra durante siete años con los indios descendientes de los que pelearon con los españoles; guerra en que, para vencer, le fué necesario gastar treinta millones de duros y que sacrificasen sus vidas algunos miles de soldados anglo-americanos.

En la *Historia de los Estados Unidos*, escrita en inglés por J. A. Spencer, y traducida al español por D. Enrique Leopoldo de Verneuil, se dice que la guerra de la Florida duró desde el año de 1835 hasta el de 1842, y que «en ella tomaron parte los hombres más experimentados del ejército, tales como Scott, Jessup, Taylor, Worth y otros; pero teniendo que luchar con jefes como Osceola, Jumper y Tiger-Tail, y hallándose en un país lleno de pantanos y lagunas, era difícil vencer á los indios, y por esto puede decirse que aquella guerra fué fatal para los blancos.»

Un ejército compuesto de 9.000 soldados, con su correspondiente artillería y material de ingenieros, que de continuo recibía refuerzos y que estaba mandado por los generales de mayor crédito de los Estados Unidos, tuvo que sostener una guerra de siete años, para dominar en un territorio mucho más pequeño que el que Hernando de Soto quería conquistar con las escasísimas fuerzas militares que ha poco enumeramos.

De locos califica á Hernando de Soto y sus compañeros de armas un historiador francés. Locos, es cierto, si el heroísmo es locura.